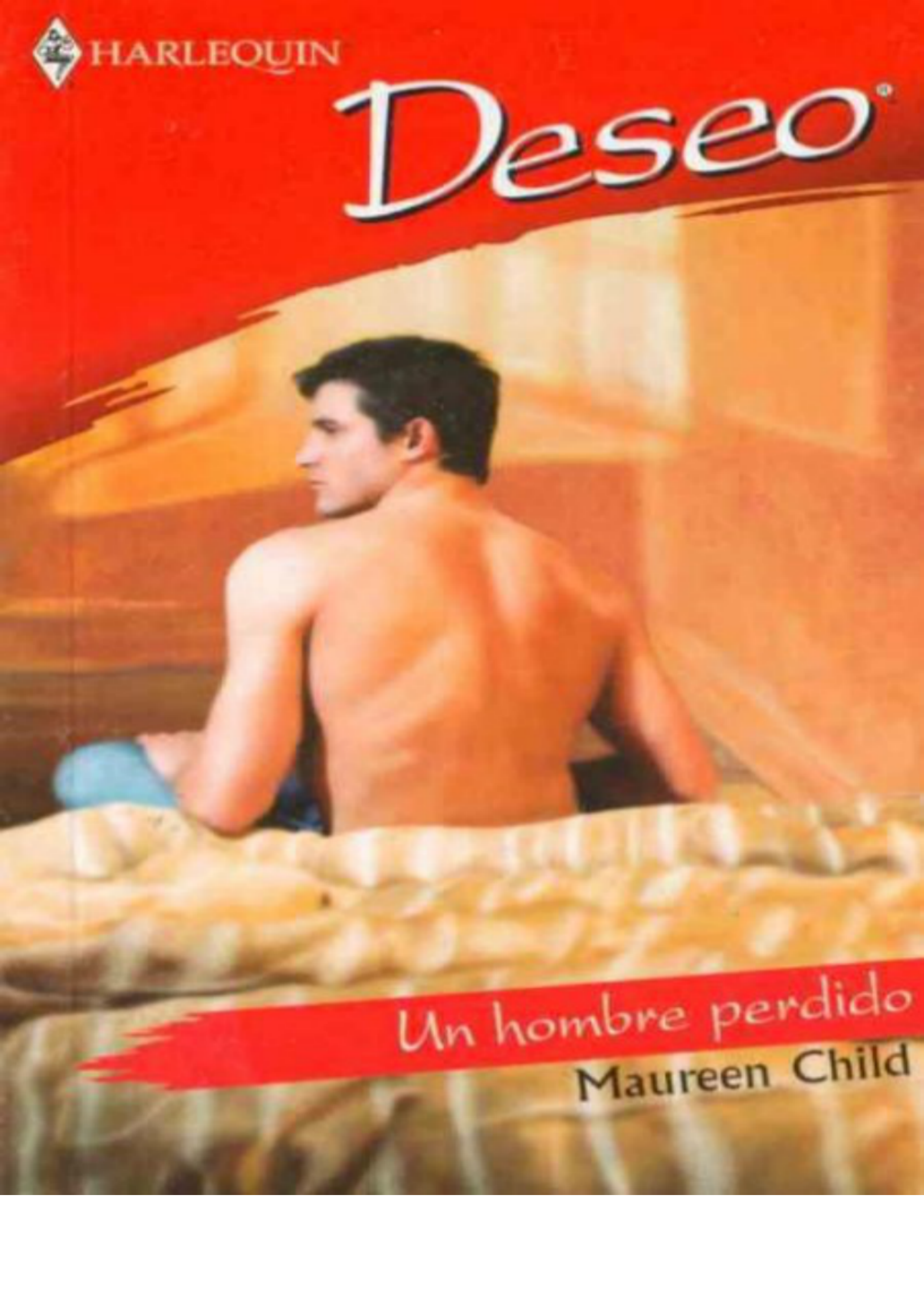

HARLEQUIN
Deseo
Un hombre perdido
Maureen Child

Un hombre perdido

Maureen Child

3º Serie Multiautor Man Talk 2

Un hombre perdido (2005)
Título Original: Lost in sensation (2004)
Serie Multiautor: 3º Man Talk 2
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1389
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sam Holden y Tricia Wright
Argumento:

Quizá si se dejaba llevar por las emociones, descubriría una nueva razón para vivir…

Aquél era el último sitio en el que habría deseado estar el doctor Sam Holden. Después de la muerte de su esposa, las bodas y las multitudes le resultaban insoportables. Pero la soledad que él mismo había elegido no volvería a ser la misma después de la aparición de Tricia Wright, la hermana del novio. Y cuando se vieran obligados a dormir tan cerca, sería sólo cuestión de tiempo que Sam olvidara su decisión de mantenerse aislado. La ardiente pasión que sentía cuando estaban juntos despertó sentimientos que Sam creía muertos…

Capítulo Uno

Ninguna buena acción queda sin castigo

No había proverbio más cierto, pensó Sam Holden. Y debería haberlo tenido en cuenta. Aunque no imaginaba cómo podría haber hecho las cosas de otra manera.

—Te debo una —suspiró Eric Wright desde el asiento del pasajero, golpeando con los nudillos la escayola que tenía en la pierna—. En realidad, te debo dos. Me salvas el pellejo y, además, me llevas a casa para que pueda casarme.

—No me debes nada —Sam miró a su amigo con una sonrisa en los labios. El oscuro hematoma de la frente hacía contraste con su pálida piel y el pelo rojo, siempre despeinado, era como una especie de halo alrededor de su cabeza—. Estás horrible.

—Oye, si no fuera por ti ahora mismo estaría frío y rígido en el depósito de cadáveres…

—Ya, ya —le cortó Sam, para que no siguiera—. ¿Te encuentras bien?

—¿Preguntas como amigo o como médico?

—¿A cuál de ellos contestarás con sinceridad?

Riendo, Eric se pasó una mano por los ojos, como si quisiera despertarse.

—Estoy bien. Cansado… pero agradecido de estar vivo.

Sam Holden, de treinta y dos años, era un hombre alto y fibroso. De pelo oscuro y ojos azules, contaba con más mujeres que hombres entre sus pacientes pero, de todas formas, en lo único que se fijaba era en sus síntomas.

Tenía un grupo muy reducido de amigos y Eric era uno de ellos, pero en las últimas semanas Eric actuaba más como un fan. Y a Sam no se le daba bien soportar tanta gratitud.

Si no quería eso, quizá no debería haberse hecho médico, pensó. Aunque no tuvo opción. Desde niño, lo único que le había interesado era la medicina. A los cinco años, tomó prestado el estetoscopio de su abuelo para escuchar los latidos del corazón de su perro, que le parecieron un poco erráticos. Hasta el veterinario se quedó impresionado al descubrir que tenía razón. Y ese descubrimiento había sellado su futuro.

Pero que alguien lo mirase con tanta confianza casi le daba miedo. La confianza era una carga que no quería soportar… porque era una responsabilidad demasiado grande. Un pensamiento raro para un médico. Pero allí estaba.

—No me debes nada —repitió por enésima vez—. Yo estaba en el coche, ¿qué iba a hacer, salir corriendo y dejarte allí?

Eric se encogió de hombros.

—Otros lo habrían hecho. No todo el mundo entraría en un coche

en llamas para sacar a alguien —dijo, señalando el brazo vendado de Sam—. Con un brazo herido, además.

—Es sólo un esguince de muñeca.

El vendaje era una molestia y, en su opinión, innecesaria. Pero los médicos de Urgencias habían insistido y la noche del accidente él estaba demasiado agotado como para discutir.

Todo había ocurrido en unos segundos, como a cámara lenta. Un camión se metió en su carril y Eric dio un volantazo. Luego, el chirrido de los frenos, los segundos interminables en los que el coche estuvo dando vueltas y el golpe seco contra el suelo. Él no perdió el conocimiento, pero Eric sí. Sam, aun asustado por las llamas, tuvo presencia de ánimo para sacar a su amigo del coche. Tuvieron suerte esa noche. De no ser así, la familia de Eric estaría organizando su funeral, en lugar de su boda.

—De todas formas…

—Vale, sí, soy un héroe. Súper Sam me llaman.

Además, si alguien estaba en deuda con el otro, ése era él. Eric Wright siempre había sido un buen amigo, especialmente durante los últimos años, cuando Sam empezó a apartarse de todo. Eric se negó a abandonarlo y, por eso, se sentía en deuda con él.

De modo que allí estaban, frente a la casa de los padres de su amigo, con dos semanas por delante antes de volver a su vida normal. En circunstancias normales, habría ido a la boda el mismo día, pero Eric insistió en que lo llevara a casa y se quedase unos días con su familia. Y Sam había tenido que aceptar.

Dos semanas de vacaciones en el norte de California, en Sunrise Beach. No le apetecía lo más mínimo, pero era un hombre de palabra y no podía echarse atrás.

La casa de la familia Wright tenía un jardín muy verde a pesar del calor del verano. Había maceteros con flores de todos los colores en las ventanas y, en el porche, un enorme helecho trepaba por las paredes, cubriéndolas de vegetación. La casa estaba pintada de amarillo, con una cenefa verde alrededor de puertas y ventanas. Parecía un sitio bien cuidado, agradable. La calle era silenciosa, rodeada de árboles… y sólo estaba a cien metros de la playa.

Para cualquier otra persona, aquél habría sido un sitio estupendo para tomarse unas vacaciones. Para Sam… él tenía la impresión de ir a la batalla desarmado.

—Vamos —dijo Eric—. Mis padres están deseando conocerte.

Sam observó la multitud de gente que entraba en la casa, como alumnos de un instituto al oír la campana que señalaba el final del recreo.

—Quizá deberías entrar tú solo… Yo me iré al hotel y volveré mañana.

«O al día siguiente», pensó, observando el gentío en la puerta. ¿Con cuántos miembros contaba la familia Wright?

—De eso nada —insistió Eric, tomando las muletas del asiento trasero—. Si te dejo solo, volverás a Los Angeles.

Que su amigo lo conociera tan bien era irritante, pero Sam se obligó a sí mismo a sonreír cuando vio que dos personas se acercaban al coche.

—¡Dios mío, Eric, tu pierna! —exclamó una mujer de pelo rubio un poco canoso, acercándose al coche. Debía ser su madre.

—Estás fatal, hijo.

—Hombre, gracias, papá —rió Eric—. Venga, échame una mano.

—Apártate, cariño —dijo el hombre, tomando las muletas con una mano y el brazo de su hijo con la otra.

Sam no se movió, dejando que Eric besara y abrazara a su familia. Sin duda, pronto le tocaría a él, pero si se quedaba muy quieto, quizá… El ruidoso grupo no dejaba de abrazar a su amigo, celebrando su regreso a casa. Un labrador negro ladraba mientras un crío de unos seis años y una niña más pequeña bailaban alrededor del círculo de adultos, intentando llamar su atención.

Era como un anuncio navideño.

Y Sam se sentía como un extraño.

Era un extraño y en ningún momento le había quedado más claro. Por supuesto, eso era lo que deseaba, ¿no? Él no quería ataduras, ni lazos. Los había tenido una vez y todo se derrumbó de repente, destrozándolo en el proceso.

Había aprendido de la manera más dura que los lazos humanos te hacen vulnerable. Y aunque a veces se sintiera solo, no pensaba olvidarlo. Se quedaría donde estaba hasta que los Wright volvieran a casa.

Pero ese alegre pensamiento duró sólo un segundo, hasta que una de las mujeres del grupo metió la cabeza por la ventanilla del coche.

—Tú debes ser Sam.

—Seguramente —dijo él, tomándose unos segundos para mirar a la mujer, objetivamente, claro, como un amante del arte admiraría un cuadro. Era de piel clara, pero estaba bronceada por el sol. Tenía los ojos muy grandes y azules, el pelo rubio, sujeto en una coleta que caía sobre su hombro izquierdo. La camiseta y los vaqueros que llevaba parecían viejos y cómodos.

—¿Tú eres…?

—Tricia —sonrió ella—. La hermana de Eric… bueno, una de ellas. Hay otra por ahí, Debbie.

Sam miró a la otra rubia, más bajita, más gordita, que abrazaba a Eric como si quisiera estrangularlo.

—Ah, ya veo.

—Es fácil distinguirnos, ella está embarazada de seis meses y yo no.

—Me acordaré —dijo Sam, aunque sería imposible confundir a aquella chica con ninguna otra.

—¿Vas a salir del coche o piensas quedarte ahí para siempre?

—Pues… no lo sé. La verdad es que pensaba dejar a Eric y marcharme al hotel…

—No, de eso nada —lo interrumpió ella, entrando alegremente en el coche—. Ah, esto es mucho mejor, me estaba dando tortícolis.

Sam se quedó mirándola un momento y luego miró a Eric, que tenía un niño en brazos.

Una familia.

Una parte de él añoraba eso, el lazo que los unía. Por otro lado, sabía que esos lazos eran cadenas que, una vez cerradas, ahogaban a un hombre. Mejor evitarlas, ¿no?

—Bonito coche —dijo Tricia.

—Gracias.

¿Cómo podía pedirle que se fuera sin ser grosero?, se preguntó Sam.

Ella sacó el CD del estéreo para echarle un vistazo.

—*Rock and roll*, qué bien. Me gusta la gente que aprecia los clásicos.

Aparentemente, no pensaba irse. Sam la miró, con lo que esperaba que fuese una mirada de las que hacían salir corriendo a la gente. Tenía mucha práctica y siempre le había funcionado, pero a Tricia Wright no parecía asustarla en absoluto porque se echó a reír. Y no era una risa musical y femenina, no, era una sonora carcajada que lo puso nervioso.

—Perdona. ¿Ésa es la mirada «fulminante»?

—¿Qué?

—Oye, Sam —lo llamó Eric—. Ábreme el capó, venga.

Aleluya. Lo que fuera con tal de irse al hotel. Cuando miró por el retrovisor, vio que toda la familia Wright parecía reunida detrás de su coche.

—Así que eres médico —dijo Tricia.

—Sí —contestó Sam, sin dejar de observar la frenética actividad de los Wright.

—¿Qué especialidad? Eric no me lo ha dicho.

—Médico de familia.

—Ah, que bien. No me gustan los especialistas —sonrió Tricia.

—¿Por qué? —preguntó él, con una ceja levantada.

—No lo sé. A lo mejor es que veo demasiado la televisión, pero los especialistas parecen más interesados en las enfermedades que en los pacientes.

—No todos…

Ella agarró el retrovisor para atusarse el pelo.

—La verdad es que veo demasiada televisión. Como no tengo nada que hacer…

Eso era demasiada información, pensó Sam. ¿Por qué no entraban en casa de una vez?

—No me haces ni caso con la esperanza de que me marche, ¿verdad?

Sam tragó saliva.

—No, es que…

—¿Estás de mal humor?

—No.

—Otra vez me estás mirando así. Deberías haberte dado cuenta de que esa mirada no funciona conmigo.

—¿Y qué funcionaría? —preguntó él.

Tricia volvió a reír.

—Eso tendrás que averiguarlo tú sólito.

Intentar descifrar a Tricia Wright sería una tarea de años, pensó Sam. Y él no estaría allí tanto tiempo. Dos semanas, se recordó a sí mismo. Dos semanas hasta la boda de Eric y luego volvería a Los Angeles, a su consulta, al bendito silencio de su dúplex.

Cuando oyó que cerraban el capó, dejó escapar un suspiro. En aquel momento, la habitación del hotel le parecía un paraíso.

—Parece que ya han terminado —dijo Tricia, abriendo la puerta. Pero luego se volvió, con una sonrisa en los labios—. Sugiero que te relajes y salgas sin protestar.

—¿Qué? —exclamó él, al ver que los Wright no sólo se llevaban la maleta de Eric sino la suya también—. ¡Eric! —gritó, pero nadie le hizo ni caso—. ¿Dónde van con…?

—No pensarás que mis padres iban a dejar que el hombre que salvó la vida a mi hermano se alojara en un hotel, ¿verdad?

Sam la miró. Tricia sabía perfectamente que se sentía atrapado y no parecía importarle en absoluto.

—Bueno, doctor Holden, ¿va a venir de buen grado o tendré que ponerme dura?

Capítulo Dos

La comida, pensó Sam, era una señal internacional de bienvenida.

Y la familia Wright lo había convertido en una ciencia.

La cocina, grande y cuadrada, estaba limpísima, con los muebles brillantes. Había una mesa grande de madera bajo la ventana y el sol del atardecer se filtraba a través de las cortinas, que se movían con la brisa. Y sobre la mesa, justo bajo esos rayos del sol, había suficiente comida para un regimiento: un pavo asado, un jamón, ensaladas y todos los platos conocidos para el hombre.

La familia Wright estaba alrededor de la mesa, sosteniendo platos, servilletas y vasos llenos de ponche, refrescos o cerveza… y sin dejar de hablar, todos a la vez.

Sam había sido prácticamente empujado hacia la mesa y, hambriento o no, estaba claro que esperaban verlo comer hasta que quedara inconsciente.

—Toma un poco de ensalada de pasta —dijo Debbie, la otra hermana de Eric, mientras le llenaba un plato—. Mi madre la hace de maravilla.

—Y no olvides mis mazorcas de maíz —intervino el señor Wright, Dan, añadiendo una bien untada de mantequilla.

—Se lo agradezco mucho, pero…

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Eric.

—No, gracias.

El marido de Debbie, Bill, estaba llenando el plato de su hija pequeña mientras la señora Wright, Emma, se encargaba de alimentar a su nieto. El hermano de Eric, Jake, observaba la escena apoyado en la pared, con un vaso de cerveza en la mano. Tricia, sentada en la encimera, observaba a Sam abrirse paso en aquel campo de minas. Encantada, claro.

«Me alegro de hacerte reír», pensó Sam.

Como hijo único, él no estaba acostumbrado a tanto jaleo. Sus padres eran mayores y siempre lo trataron como si fuera un adulto. Lo incluían en las decisiones familiares, lo animaban a leer y lo llevaban, durante las vacaciones, a los grandes museos del mundo.

Su experiencia de la vida familiar era completamente diferente de la de los Wright. En casa de sus padres, las comidas eran momentos tranquilos en los que charlaban sobre asuntos de política o temas sociales.

Aquello era como un día en el circo. El ruido era increíble y las conversaciones cruzadas desafiaban cualquier intento de comprensión.

Pero ninguno de ellos parecía tener ningún problema.

—Kevin, si no comes verduras, no hay pastel —lo regañó Debbie, su madre.

—Le he puesto verduras en el plato —protestó su madre.

—Pero también tiene que comer carne. Los niños tienen que comer carne.

—Los niños pueden vivir sin carne —la desafió el patriarca—. Lo que necesitan es leche.

—No todo el mundo puede tomar leche —intervino Eric—. Pregúntaselo a Sam. Él es médico.

—¿Habéis hablado con la empresa de catering para el banquete? —era Debbie quien hacía la pregunta, pero Sam no sabía a quién iba dirigida.

—Pero si no tomas leche, los huesos no se hacen fuertes —siguió el padre de Eric.

—Sí, está todo controlado —contestó la novia de Eric, Jen. Sam no sabía si hablaba del banquete, de la leche o de qué. No sabía si alguien tenía claro de qué se hablaba y, aparentemente, daba igual.

—Mira a Eric —sonrió el marido de Debbie—. Él no bebe leche y por eso se le ha partido el fémur.

—Eso fue un accidente, no tiene nada que ver con la falta de calcio —replicó Eric, levantando una muleta como para darle un golpe, que su cuñado evitó apartándose de un salto.

—Da igual —siguió Dan, el padre—. Si Eric hubiera seguido bebiendo leche, podría no tener que casarse con muletas.

Sam miraba de unos a otros, atónito. Desde el estéreo del salón llegaba música de los cuarenta, el perro ladraba en el jardín y Eric y su hermano empezaron a discutir sobre las diferencias entre un coche deportivo y un monovolumen.

Cuando volvió la cabeza, vio que Tricia le hacía un gesto con el dedo para que la siguiera. Y él obedeció, lo cual daba la medida de su desesperación.

Ella lo llevó hasta el porche y cerró la puerta. El relativo silencio era una bendición… casi un evento espiritual.

Pero Tricia lo estropeó soltando una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Sin dejar de reír, ella se sentó en el balancín y dio un golpecito con la mano en el cojín para que se sentara a su lado.

—Anda, relájate.

Tenía dos opciones: quedarse solo con Tricia o de vuelta a la guerra. Sam miró hacia atrás… y sólo tardó un segundo en tomar una decisión. Dejó el plato lleno de comida y la cerveza sobre una mesita de madera y se sentó a su lado, soltando un suspiro de alivio.

—¿Son siempre así?

—¿Así de ruidosos? Sí, siempre.

—¿Y cómo se entienden?

—No sé, es como la taquigrafía —bromeó ella, empujando el balancín con la punta del pie—. Con cuatro niños en la familia, se

aprende pronto que o pides lo que quieres en voz alta o te quedas sin ello.

—¿Y crees que alguien estaba escuchando?

—¡Ja! —rió Tricia—. Siempre están escuchando, créeme. Cuando era una cría, yo intentaba colar alguna frase para ver si me escuchaban…

—¿Por ejemplo?

—Pues… ¿puedo ir a la fiesta de Terry ahora que sus padres no están en casa?

—¿Y te oían?

—Claro, no se les pasa ni una. Y, por supuesto, la respuesta era no. Pero son estupendos.

Sam miró hacia el salón. Detrás de las cortinas verdes había un territorio extraño.

—Ya me imagino, pero…

—… pero estar con ellos te hace sentir…

—¿Incómodo?

—Yo iba a decir atrapado —rió Tricia.

Sam no había querido ofender a nadie y esperaba que el resto de la familia no fuese tan perceptivo como ella.

—Eso suena un poco fuerte.

—No había visto nunca a un hombre más necesitado de que lo rescataran.

—Quizá no un rescate, pero un respiro ha estado bien. Gracias —sonrió Sam, tomando la cerveza.

—Oye, yo soy la primera en admitir que cuesta un poco acostumbrarse a mi familia. Especialmente, alguien nuevo.

—Gracias, eres muy comprensiva.

—De nada.

—¿Siempre eres tan agradable?

—No, casi nunca. Me has pillado en un buen día —sonrió Tricia.

—Qué suerte tengo.

—¿Es un sarcasmo o lo dices de verdad?

—Lo digo de verdad —contestó Sam.

—Entonces, gracias.

—De nada.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil.

—¿Qué?

—Estamos teniendo una conversación.

—Ha terminado tan pronto que casi no me he dado cuenta —sonrió Sam.

—Ya estás aprendiendo. ¿Quieres que volvamos a entrar?

Sus facciones debían ser un espejo de sus pensamientos porque Tricia se acercó para hablarle casi al oído:

—No hay prisa. Eres el invitado de honor, así que puedes hacer lo que quieras.

—¿Yo soy el invitado de honor? Pensé que toda esa comida era un homenaje para Eric.

—No del todo. Los héroes tienen que ser recibidos como se merecen.

Sam se apartó unos centímetros de aquella rubia tan guapa. Aunque algo le decía que unos centímetros no serían suficiente.

—No soy un héroe.

—Eso tendrás que probárselo a mis padres. Y a la novia de Eric.

—Sencillamente, estaba en el coche, ¿Qué iba a hacer?

—Me alegro mucho de que estuvieras en el coche.

—Yo también —contestó Sam, con sinceridad.

Luego se quedaron en un cómodo silencio. Llevaba demasiado tiempo solo como para acostumbrarse enseguida a estar rodeado de gente. Su mundo consistía en el dúplex, la autopista, la consulta, nada más. Durante los fines de semana se quedaba en la consulta arreglando papeles y por las noches hacía gimnasia o veía una película en televisión. Cuando tenía insomnio, algo que ocurría a menudo, salía al balcón para mirar las estrellas.

Sam se movió en el asiento, un poco incómodo con tanto autoexamen. Él nunca se paraba a pensar en su vida. Pero ya que lo hacía, se preguntó si lo de estar solo había sido una decisión consciente o sencillamente había ocurrido… después de lo de Mary.

Pero su vida había cambiado por completo después de Mary. Su forma de ver las cosas, lo que pensaba, lo que sentía. Nada era como había sido antes. Durante los últimos dos años, se había encerrado en su soledad y salir de ella, aunque fuera brevemente, le resultaba tan desagradable como si lo soltaran en medio del Amazonas con un trozo de cuerda y una linterna.

—Esto no te gusta nada, ¿verdad?

La voz de Tricia interrumpió sus pensamientos.

Ella rió, mientras cruzaba las piernas sobre el balancín. Parecía absolutamente cómoda consigo misma y con lo que la rodeaba. Y Sam envidaba eso.

—Me has oído. Sólo intentas encontrar una respuesta que no sea ofensiva.

Era molesto ser tan transparente. Como médico, Sam se enorgullecía de su cara de póquer. No quería que sus pacientes pudieran leer el diagnóstico en su cara antes de que pudiese hablar con ellos. Y en su vida personal también intentaba mantener una expresión indescifrable para que nadie entrara en sus pensamientos, en su corazón.

Excepto con Mary.

Pero ella había sido tan diferente.

Tricia Wright era simplemente… bueno, la expresión diferente también podría aplicársele.

—Tu familia parece muy agradable.

—Y ruidosa.

—Eso también.

—Y pueden serlo mucho más.

—No sé cómo —murmuró Sam.

Tricia rió de nuevo. Era un sonido sexy, muy agradable… Sam se puso tenso. Eso era algo que no había esperado y que no quería.

—Espera y verás —bromeó ella—. Mañana llegarán la tía Beth y el tío Jim con sus niños y luego la abuela Joan y su novio, Oliver…

—¿Tu abuela tiene novio?

—Es veinte años más joven que ella —explicó Tricia—. Y te aseguro que mi padre no se lo ha tomado nada bien. Tener un posible padrastro de tu edad debe ser un trago.

Sam sacudió la cabeza. Debería haberle dado las gracias a sus padres cuando estaban vivos por ser tan… normales.

—Y al día siguiente, mi prima Nora con su hijo Tommy… esconde las cerillas, por cierto.

—¿Un pirómano? —preguntó Sam, perplejo.

—Bueno, sólo tiene siete años, pero parece que ya ha elegido carrera.

—Genial.

—Y durante la semana llegarán muchos más.

¿Más parientes? ¿Cómo podía haber más? A Sam le entraron ganas de salir corriendo. Pero no podía porque, seis meses antes, aceptó ser testigo en la boda de su amigo Eric.

—Menos mal que he reservado habitación en un hotel —murmuró para sí mismo.

Pero, aparentemente, uno no tenía que estar hablando con Tricia Wright para recibir contestación.

—En esta familia los hoteles no están permitidos. Mis padres acogerán a muchos parientes porque su casa es la más grande, Debbie y su marido se llevarán a unos cuantos y los solteros se quedarán en casa de Jake, pobrecillos.

Sam hizo una mueca. No podría recordar todos los nombres. Pero como sólo iba a estar allí durante unas semanas, no era importante, pensó.

—¿Por qué pobrecillos?

—Porque la casa de Jake no es muy grande y, además, vive como un cerdo. Aunque la verdad es que él nunca está en casa. Trabaja para el gobierno… algo que se supone que no debemos comentar. Difícil de creer porque Jake nunca ha sido capaz de guardar un secreto —le

explicó Tricia—. Aunque no es asunto mío, claro.

Y tampoco suyo, pensó Sam. Pero podría ser una excusa…

—Con toda esa gente, lo mejor será que me vaya al hotel cuanto antes…

—Buen intento, chaval.

—¿Qué?

Tricia le puso una mano en el brazo.

—De irte a un hotel, ni hablar. Ya te han asignado habitación.

—Pensé que lo decías de broma…

—No —sonrió ella, acercándose un poco más. Aquella vez, Sam pudo oler su colonia, un aroma a flores, muy suave, muy tentador. Aquello no estaba bien. Las sonrisas de Tricia Wright, el olor de su colonia, le parecían más interesantes de lo normal.

Pero no pensaba seguir pensando en ello. Conteniendo el aliento para no sentirse seducido, Sam se concentró en lo que estaba diciendo.

—Tú vas a quedarte en mi casa.

Oh, no. Él no estaba acostumbrado a las tentaciones. Y cualquier hombre de sangre caliente se sentiría tentado por aquella rubia.

—Me parece que no.

—¿Tienes miedo? —bromeó ella.

—¿De qué?

—De mí.

—No lo creo —contestó Sam, aunque no era cierto del todo. Tenía miedo de esos ojazos azules y de ese perfume que parecía meterse en su cerebro.

—No ha sido idea mía, así que no tienes nada que temer. Es cosa de mis padres —le explicó Tricia—. Te están tan agradecidos por salvar a Eric que ya te consideran parte de la familia.

Él sintió un escalofrío.

—Y la familia no se aloja en un hotel —siguió Tricia, moviendo la cabeza. La coleta rebotaba de un hombro a otro—. No te preocupes, no me he enamorado locamente de ti.

Sam nunca estaba seguro de si hablaba en serio o…

—Yo no he dicho eso.

—No, pero lo estabas pensando.

—¿Yo? No, te equivocas.

—Ah —dijo ella, levantando un dedo, como un detective en una vieja película—. Tengo tu palabra, ¿verdad?

Sam se levantó del balancín, incómodo. De pie, mirándola desde su altura, se sentía un poco mejor.

—Mira, te agradezco mucho la oferta, pero creo que alojarme en un hotel será más conveniente para todos.

—No creo que sea más conveniente que alojarte en mi casa. Vivo ahí al lado.

—¿Qué?

—Ahí —sonrió Tricia, señalando la casa que había detrás de ellos —. Ésa es la mía. La compré hace un par de años para estar sola, pero ¿cómo iba a estar sola teniendo a mis padres tan cerca?

—No sé.

—Pues yo sí —suspiró ella—. Pero era muy barata y no quería tirar el dinero en un alquiler. Afortunadamente, mis padres no suelen aparecer sin avisar.

—Enhorabuena.

Tricia lo miró un momento, en silencio.

—Eso se te da muy bien.

—¿Qué?

—No hablar de lo que no quieres.

Sam soltó una carcajada.

—En tu familia todo el mundo habla de lo que le parece.

—Cierto —sonrió ella, levantándose de golpe. Pero cuando el balancín le golpeó la pierna, cayó hacia delante.

Instintivamente, Sam la sujetó, pero no había contado con que ella le echara los brazos al cuello. Ni con que ese gesto le hiciera sentir algo por dentro. Era alta, su coronilla le llegaba casi a la nariz. Y estaba cerca, muy cerca. Sam dio un paso atrás.

—No creo…

—Serás un héroe otra vez.

Aquella conversación era como una noria.

—Yo no soy un…

—Muy bien —lo cortó Tricia—. No te has portado como un héroe con Eric, sólo hiciste lo que tenías que hacer. Pero ahora tienes la oportunidad de ser un héroe… para mí.

Sam suspiró, sintiendo como si algo se lo estuviera tragando, algo que no podía controlar. Tricia parecía inofensiva, de hecho era la típica chica americana: rubia, guapa, alegre. Pero si a eso se añadía su habilidad para leer sus pensamientos y ver en su alma cosas que él no quería que viera nadie…

Sam no había pensado que acabaría tan involucrado con la familia de Eric. Pensaba asistir a la boda, ir al banquete y volver a casa. Pero eso, claramente, no iba a pasar.

Y ahora, mirándola a los ojos, supo que no debía preguntar de qué demonios estaba hablando. Pero había despertado su curiosidad.

—Me rindo. ¿Por qué me convertiría en un héroe si me alojo en tu casa?

—Si eres mi invitado, no tendré que alojar al pequeño pirómano.

—Tu primo…

—Tommy.

—Eso es.

Sam se lo pensó un momento. Se metería en un lío si se quedaba en su casa. Aquella mujer se reía mucho, intuía mucho y lo hacia sentir… lo hacía «sentir». Pero podría aguantar dos semanas, se dijo a sí mismo. Dos semanas no eran nada. Y después podría tener paz y tranquilidad. Además, seguramente su casa era más tranquila que la de sus padres y ella estaría muy ocupada organizando la boda. Podría estar solo sin insultar a la familia Wright.

Podría funcionar.

—Sé un héroe —insistió Tricia—. Sálvame de un destino peor que la muerte.

Seguramente lo lamentaría, pensó Sam, mirando aquellos ojazos azules. Él no quería ser un héroe.

Y, sin embargo, contestó:

—Muy bien, de acuerdo.

Capítulo Tres

El aroma a canela y café recibió a Sam la primera mañana en casa de Tricia. Sentado en la cama, por un momento no supo dónde estaba.

Entonces recordó que se había instalado en casa de la alegre rubita… En ese momento, no recordaba por qué, pero eso no parecía importante. Cuando miró alrededor, pensó que podría estar tranquilamente en una habitación de hotel. Pero no, estaba durmiendo en una habitación pintada de color lavanda, que olía a canela, sobre una cama con elaborado cabecero de hierro forjado.

Apartando el edredón, de flores, Sam saltó de la cama. En las ventanas, cortinas blancas de lino, que bailaban suavemente con la brisa. Frente a él, una antigua cómoda de nogal y, al otro lado, una estantería con una televisión y un montón de novelas de misterio. Sam sonrió. Antes de irse a dormir había echado un vistazo. A pesar de haber hecho las prácticas en urgencias, algunas de las portadas de esas novelas le habrían revuelto el estómago a cualquiera.

Una mujer intrigante, Tricia Wright, pensó. Por un lado tan romántica como para pintar una habitación de color lavanda, por otro una fan de las novelas de crímenes. ¿Qué decía eso de su personalidad?

¿Y por qué le importaba a él?

Después de darse una ducha en un antiguo y diminuto cuarto de baño, Sam bajó a la cocina. Le dolía el codo porque se había chocado varias veces con la pared de la ducha y el cuello por haber tenido que inclinarse para recibir el agua en la cara. Pero estaba despierto. Y se había quitado el vendaje de la muñeca, por fin. No era nada, sólo un esguince, ya se lo advirtió a los médicos.

Al atravesar el salón, agradeció que Tricia no fuera una de esas personas que enciende la televisión para oír malas noticias a primera hora de la mañana.

Era un salón grande, acogedor, con dos mullidos sofás que prácticamente te invitaban a tumbarte. Sobre la chimenea de ladrillo, montones de fotografías de su familia en marcos de colores. Cuando llegó a la cocina, apoyó un hombro en el quicio de la puerta y se quedó mirando a Tricia.

Ella estaba de espaldas. Su pelo, sujeto en una trenza, brillaba como el oro. Llevaba una camiseta gris y unos vaqueros cortados que dejaban al descubierto unas largas y bronceadas piernas. Iba descalza y estaba bailoteando al ritmo de la música que salía de la radio mientras sacaba algo del horno. Detrás de ella, en la mesa de la cocina, varias bandejas con galletas en forma de copa de champán o de… ¿de jarra de cerveza?

Sam intentó recordar las cosas que Eric le había contado sobre su familia. Pero eran tantos nombres que nunca había prestado mucha

atención. Mal hecho por su parte, desde luego.

Cuando Tricia empezó a cantar una canción de Elvis, Sam tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada.

—Yo que tú me dedicaría a las galletas. ¿El público puede tomar café?

Ella se volvió, sorprendida, con una mano manchada de harina sobre el corazón.

—No te había oído. Eres tan silencioso como un ladrón.

—Y tú cantas como una panadera —bromeó él. Estaba guapa por la mañana. Algo en lo que no debería fijarse, pero como hombre que era, resultaba inevitable.

—No quería asustarte.

—Bueno, ahora que mi corazón vuelve a latir otra vez, estás perdonado.

—¿Tanto como para invitarme a un café?

—Nunca le quitaría el café a nadie, es inhumano —sonrió ella—. Si quieres estropear mi maravillosa mezcla de cafés colombianos, en la nevera hay leche y el azúcar está en la despensa.

Él negó con la cabeza.

—Lo tomo solo.

Tricia sonrió.

—Ah, mi tipo de hombre.

La mayoría de los hombres se habría tomado esa frase como una invitación para coquetear, pero Sam decidió resistir la tentación. No estaba allí para tontear con la hermana de Eric. No quería una aventura de dos semanas y si la quisiera no sería con una mujer como Tricia. Ella no era de ese tipo. Tenía la palabra «formal» prácticamente escrita en la frente. Ella era de las que se casaban, tenían niños y organizaban enormes cenas familiares.

En otras palabras, todo lo que Sam no era.

—No estés tan segura.

Tricia soltó una carcajada.

—He dicho que eras mi tipo de hombre, no «mi hombre». Así que ya puedes borrar esa expresión de susto de tu cara.

Sam sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que leyera sus pensamientos?

—En serio —insistió Tricia, señalándolo con el rodillo— tienes que relajarte. Tu virtud está a salvo conmigo.

A Sam le molestó un poquito ese rechazo. Muy bien, él tampoco estaba interesado pero, por alguna razón, le molestaba la indiferencia de una mujer tan guapa.

—¿Por qué?

Ella sonrió, una sonrisa que era como el primer rayo de sol por la mañana.

—Porque no quiero saber nada de los hombres. ¿No te lo ha contado Eric?

—¿Por qué iba a contármelo?

Tricia se encogió de hombros.

—Porque toda mi familia está preocupada por mí. Creen que estoy deprimida o algo así.

—¿Tú? —exclamó Sam, sorprendido. ¿Cómo podía nadie pensar que una mujer que prácticamente sonreía las veinticuatro horas del día estaba deprimida?

—Gracias —sonrió ella, echando harina en la masa—. Adoro a mi familia, pero intenta convencerlos de algo.

—¿Y por qué se supone que estás deprimida, según ellos?

Tricia suspiró dramáticamente, llevándose una mano al corazón como una gran trágica.

—Porque me dejó un hombre.

Sam la miró, sorprendido. Para dejar a una mujer como Tricia había que ser idiota. Bueno, al menos que hubiera sido sometido a una sesión familiar.

—Eric no me ha dicho nada.

Al menos, eso creía. Pero a menudo, cuando su amigo le estaba contando algo de su familia, se ponía a pensar en otra cosa. Quizá Eric había mencionado el asunto, pero Sam estaba demasiado concentrado en su propia tristeza como para prestar mucha atención al resto del mundo.

Y, por primera vez, eso lo hizo sentir culpable.

—Mejor —dijo Tricia—. No pasa nada, al final he decidido aceptar mi destino.

—¿Y cuál es tu destino?

Ella se puso en jarras. Como tenía las manos llenas de harina se manchó el pantalón, pero no pareció importarle en absoluto.

—No tengo suerte con los hombres, así que he decidido pasar de ellos. A partir de ahora, sólo tendré relaciones con el azúcar.

Sam sonrió.

—Pues parece que el azúcar y tú vais muy en serio.

—Desde luego que sí. El azúcar nunca me abandonará. Puede que produzca caries y engorde, pero siempre estará ahí. Pase lo que pase.

—¿Y eso es lo importante?

—¿Qué si no?

¿Qué si no?, desde luego.

Sam volvió a mirar las bandejas que había sobre la mesa. Olían de maravilla. Pero allí había galletas para un batallón.

—¿Por qué haces galletas con forma de jarra y de copa de champán?

—Otra cosa buena del azúcar. Puedes hacer galletas con la forma

que quieras —sonrió Tricia—. Éstas me las ha pedido mi madre. Algunas son para la despedida de soltero, otras para la despedida de soltera. Adivina cuáles van dónde.

—No es muy difícil. Pero creo que nunca he comido galletas en una despedida de soltero.

—En ésta lo harás.

—¿Están tan ricas como parecen?

—Dímelo tú —contestó ella, ofreciéndole una con forma de jarra.

Sam le dio un mordisco. Estaba riquísima; dulce, pero no exageradamente. Y tenía un sabor… que no podría definir.

—¿Te gusta?

—Mucho, está buenísima.

—Gracias.

—¿A qué saben?

—Es un secreto familiar.

—No, en serio.

—Lo digo en serio.

—Pero tus padres me ven como alguien de la familia.

Tricia lo miró en silencio durante unos segundos y Sam sintió que una nueva tensión se instalaba entre ellos.

—Pero no eres de la familia.

—No vas a decírmelo, ¿verdad?

—Oye, si fuera por ahí contándole mis secretos a todo el mundo me quedaría sin negocio.

—¿Éste es tu negocio? —preguntó Sam.

—Claro, soy la chica de las galletas.

—¿Qué?

Tricia suspiró, apartándose un mechón de pelo de la frente.

—Muy bien, no has oído hablar de mí. Aún no soy muy conocida, pero lo seré. Hago pasteles para fiestas y eventos promocionales. En un mes, pienso abrir una pastelería.

—¿En serio? —sonrió Sam. Intrigado por su entusiasmo, se sentó en una silla y tomó otra galleta mientras ella le hablaba de sus planes.

Tricia lo miraba de una forma que habría hecho temblar a otro hombre, pero no a Sam. Él llevaba dos años sin mirar a una chica guapa y Tricia no iba a ser una excepción.

No mucho.

—He encontrado un local estupendo, con un escaparate grandísimo, estanterías de madera y un horno bastante moderno. Mi negocio crece más deprisa de lo que yo había pensado, así que ya no puedo seguir trabajando en casa.

—¿Eso es lo que quieres?

—¿Eh?

Sam se levantó para servirse otro café.

—El sueño de mucha gente es trabajar en casa.

—Sí, trabajar en casa es muy cómodo. Además, el alquiler de la tienda cuesta dinero y tendré que contratar a alguien que me ayude, pero así mis productos podrán llegar a más gente.

Sam no recordaba cuándo había estado tan entusiasmado por algo. Pero Tricia lo estaba, lo veía en sus ojos. Y se dio cuenta de que echaba de menos esa sensación de reto, de apostar por uno mismo, de arriesgarse.

—Empezaré a montarla dos semanas después de la boda, así mi familia podrá echarme una mano.

—Pasas mucho tiempo con tu familia, ¿verdad?

—Es que vivimos muy cerca —contestó ella. Sam no dijo nada—. Somos demasiado para usted, ¿verdad, doctor Gruñón?

—No soy gruñón.

—Bueno, por ahora no, pero el día acaba de empezar.

—Vaya, gracias —sonrió Sam, apoyándose en la pared.

Podía oler su colonia, mezclada con el olor a vainilla y canela. Tricia tenía las manos muy bonitas y parecía sonreír continuamente, como si supiera algo que él no sabía. No llevaba anillos, pero sí unos pendientes de aro que bailaban con cada movimiento…

Estaba mirando demasiado a la chica de las galletas, se dijo.

Sam decidió sentarse, pensando que un poco de distancia calmaría el extraño anhelo que estaba sintiendo y que no podría explicar.

—¿Ya se te ha curado el brazo? —preguntó ella.

—Sí, sólo era un esguince.

—Me alegro. Entonces, ¿puedes ayudarme con la barbacoa?

—¿Qué? —la habilidad de Tricia para cambiar de tema lo hacía sentir como si tuviera que ir corriendo para seguirla.

—En casa de Debbie. Va a hacer una barbacoa y tenemos que ir para ayudarla a poner la mesa y esas cosas.

—Sí, claro.

Más familia, pensó. Aunque aún no podía recordar los nombres de los que le habían presentado el día anterior.

—No pasa nada, no muerden. Bueno, Katie muerde algunas veces…

—¿Qué?

—Es la hija pequeña de Debbie. Pero no te preocupes, está vacunada.

—Genial.

Katie no le mordió, pero se sentó en sus rodillas. Nada más verlo, pareció decidir que era su persona favorita en la fiesta. Sam no tenía nada en contra de los niños, pero su única experiencia con ellos era en la consulta.

La niña era una monada, desde luego. Llevaba dos coletas y lo miraba con un brillo de coquetería en sus ojitos azules. De mayor, sería una rompecorazones, pensó. Tenía cuatro años, dos menos que su hermano Kevin, y estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana.

Los únicos niños a los que Sam veía regularmente eran sus pacientes. Y ninguno de ellos iba de buen grado a la consulta por culpa de las vacunas, las inyecciones y esas cosas que tanto asustaban a los niños. Caerle bien a una cría era algo completamente nuevo para él.

Sentada sobre sus rodillas, Katie abrió un libro de cuentos y sonrió. Un arma poderosa esa sonrisa infantil. Y ella lo sabía. Sam tuvo que sonreír también.

—Deberías hacer eso más a menudo —oyó la voz de Tricia a sus espaldas.

—¿Hacer qué?

—Sonreír —contestó ella.

—Yo suelo sonreír.

—Sí, seguro —dijo Tricia, sentándose a su lado en el banco.

—Me conociste ayer y te he sonreído esta mañana.

—Sí, pero sé que no sonríes a menudo. Lo intuyo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque no tienes esa expresión.

—¿Qué expresión?

—La de una persona feliz —contestó Tricia, sin dejar de sonreír. Aquella mujer era un misterio para Sam, tanto como los libros que solía leer. Cada vez que volvía la cabeza, allí estaba. Incluso mientras colocaban las mesas en el jardín, había conseguido estar siempre a menos de un metro de él.

Desde la conversación de por la mañana, cuando él se había sentido… demasiado cómodo, Sam intentaba mantener las distancias. Pero, aparentemente, Tricia estaba dispuesta a todo lo contrario.

Con el codo apoyado en el respaldo del banco, lo miraba directamente, con el mayor descaro. Su pelo rubio brillaba bajo el sol y, a esa distancia, podía ver las pecas que tenía en la nariz. Su expresión era inocente, pero Sam no lo creyó ni por un segundo. Tricia Wright sabía que intentaba apartarse de ella y hacía todo lo posible por evitarlo.

Katie, irritada por su falta de interés, agarró el cuello de su polo verde y le dio un tirón.

—¡Léeme un cuento!

—Bueno, bueno, no más interrupciones —murmuró él.

—Eso —dijo la niña.

—Eso —repitió Tricia—. No más interrupciones.

—¿No tienes que ir a algún sitio? —pregunto Sam.
—No, estoy descansado.
—¿Y tienes que descansar aquí?
Ella parecía comodísima, precisamente porque sabía que lo hacía sentir incómodo.
—Katie quiere que esté aquí, ¿verdad, cariño?
—La tía Trish me lee cuentos.
—¿Lo ves? —sonrió Tricia, mirando a la niña como si hubieran ensayado la escena.
—En este cuento no hay sangre ni vísceras —le advirtió Sam.
—Oye, la variedad es la sal de la vida.
Y en la vida había muchos tipos de variedad, pensó él. El problema era que cuando la mujer que olía a flores estaba muy cerca, su cerebro se llenaba de visiones en tecnicolor sobre la cantidad de «variedades» que dos personas podían descubrir.

Capítulo Cuatro

Eric estaba cómodamente sentado en una silla de resina verde bajo la sombra de un olmo. La brisa movía sus ramas haciendo que la luz del sol se filtrara entre ellas y bailase sobre la hierba.

Le dolía la pierna derecha y estaba tan cansado que le costaba trabajo mantener los ojos abiertos. Pero, a pesar de todo, se sentía feliz y agradecido de estar vivo.

Quisiera admitirlo Sam o no, le debía la vida. Estar allí, disfrutando de la confusión que sólo su familia podía crear, era un regalo en el que no había pensado de verdad hasta aquel momento.

Pero esa deuda no impedía que se preocupara por lo que estaba pasando entre Sam y Tricia.

Eric miró a su amigo, su hermana y su sobrina, sentados en aquel banco. No podía oír lo que decían pero, a juzgar por la sonrisa de Tricia, allí pasaba algo. Aunque no sabía qué.

No le había contado mucho sobre su hermana, sabiendo que Sam estaba demasiado perdido en sus propios recuerdos como para mostrarse interesado. Pero ahora que los veía juntos, tuvo que preguntarse si había sido buena idea llevarlo a su casa. Tricia acababa de pasar por una ruptura sentimental y, aunque no lo admitiría ni bajo tortura, él sabía que lo había pasado mal.

Tricia siempre había tenido la cabeza muy dura y el corazón muy blando. Hacía lo que quería, decía lo que le daba la gana y, normalmente, acababa lamentándolo. Tenía la mala costumbre de salir con tipos que no le llegaban ni a la suela de los zapatos y siempre acababa con el corazón roto.

Y nadie podía decirle nada, claro. Podía ser tan cabezota que era capaz de salir con alguien contra quien le habían advertido, sólo para probar que ella tomaba sus propias decisiones.

De modo que si le decía que se alejara de Sam, seguramente lo encontraría fascinante. Era como colocar un vaso de whisky delante de un alcohólico.

Eric se lo pensó un momento. Quizá esta vez, Tricia no saltaría de cabeza sin mirar antes. Y aunque lo hiciera, Sam al menos era una buena persona. Sólo era un hombre que había estado solo durante tanto tiempo que ya ni se acordaba de cómo era antes. En los últimos dos años, Eric había visto cómo su amigo se apartaba de todo lo que antes le importaba.

La mayoría de sus amigos se habían alejado, pero él se quedó a su lado. Intentó devolverle al mundo de los vivos, pero sin éxito. Sam estaba decidido a seguir sufriendo, a seguir aislado de todo y de todos.

Ahora, aunque parecía muy incómodo, al menos estaba en una fiesta, rodeado de gente. Sentado al lado de una mujer que era exactamente lo contrario que él.

Eric se inclinó para tomar su vaso de cerveza y, al incorporarse, se fijó en Tricia y en cómo miraba a Sam. En realidad, no sabía por quién estaba más preocupado, por su amigo o por su hermana.

Pero la verdad era que, si Tricia decidía enamorarse de Sam Holden, no habría manera de hacerla cambiar de opinión. ¿Lo haría si pudiera?, se preguntó. No estaba seguro. A Tricia le habían roto el corazón otras veces y siempre había salido adelante. Además, ella disfrutaba la vida y quizá eso era lo que Sam necesitaba.

¿Qué debía hacer?, se preguntó. ¿Sentarse a esperar para ver si ocurría algo entre ellos?

—¿Qué sabemos de él?

—¡Jake, qué susto me has dado! —exclamó Eric, que no había oído llegar a su hermano—. ¿Quieres matarme?

Jake sacudió la cabeza.

—Demasiado fácil. No eres un reto, estás inválido.

—Gracias, eso me hace sentir muy bien. ¿Qué has dicho antes?

—¿Qué sabemos de Sam? —repitió Jake.

—Que es mi amigo.

—¿Y qué más? —preguntó su hermano, sentándose en la hierba.

Aparentemente, el radar de Jake también estaba en alerta.

—Es médico, viudo, un buen tipo.

—Ya. ¿Suficientemente bueno para Trish?

—¿Lo es alguien?

Jake soltó una carcajada.

—Sí, es verdad… Bill tampoco era suficientemente bueno para Debbie y ya van por el tercer niño.

Eric tomó un sorbo de cerveza.

—No creo que haya que preocuparse por Sam. Él es…

—¿Gay?

—¿Qué? De eso nada.

—¿Ciego?

—No.

—Tendría que serlo para no fijarse en Tricia.

Ciego o enterrado en vida, pensó Eric. Pero no lo dijo. Jake era su hermano, pero le debía lealtad a su amigo y eso incluía no contarle a nadie sus problemas.

—Sólo va a estar aquí dos semanas —murmuró. Aunque no sabía a quién quería convencer, a su hermano o a él mismo—. ¿Qué puede pasar en dos semanas?

Jake se levantó.

—Lo dirás de broma, ¿no?

Eric arrugó el ceño. Tenía razón. Dos semanas era tiempo más que suficiente para que dos corazones conectasen… o se rompiesen.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos?

Jen, su prometida, se sentó en la hierba, a su lado.

—¿Yo? —sonrió Jake—. Yo ya me iba.

—¿De qué hablabais? —preguntó Jen cuando se quedaron solos.

—Cosas de familia —sonrió Eric, acariciando su pelo. Quizá debería hablar de aquello con su prometida, pero seguramente Jen pensaría que estaba loco por preocuparse de algo así—. ¿Por qué crees que estábamos tramando algo?

—Porque te conozco bien. Ahora mismo, te estás preguntando si deberías rescatar a Tricia de Sam… o a Sam de Tricia.

No debería sorprenderlo. Jen y él se conocían desde pequeños, empezaron a salir en el instituto y siguieron saliendo cuando él se marchó a Los Angeles. Jen había sido su chica desde siempre y lo conocía muy bien.

—Qué lista eres.

—La esposa de un hombre lo ve y lo sabe todo —rió ella.

—Aún no eres mi esposa.

—Lo seré dentro de dos semanas —sonrió Jen, apretando su mano.

Eric sonrió también. Jen lo era todo para él. Cuando la miró a los ojos, vio la promesa de una vida entera en ellos. Vio su futuro, el futuro de los dos, y le parecía precioso.

Entonces respiró profundamente. Si Sam no hubiera estado con él en el coche cuando tuvieron el accidente, si no hubiera podido sacarlo de entre las llamas… Se habría perdido tantas cosas.

Emocionado, tuvo que carraspear para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Te quiero —dijo entonces.

—Yo también —sonrió Jen. Estaba sonriendo, pero apretaba su mano con fuerza, con emoción contenida. Y Eric supo que también ella sabía lo cerca que habían estado de perderlo todo. Luego volvió la cabeza y miró hacia el banco donde estaban Tricia y Sam—. Bueno, ¿y qué habéis decidido hacer con ellos?

—Jake no sé, yo voy a permanecer neutral, al menos por ahora.

—Buena idea.

—¿Tú crees?

—Los Wright sois estupendos, con eso de todos para uno y uno para todos… Pero creo que con Tricia estáis equivocados.

—¿En qué sentido?

—No es una niña frágil que necesita vuestra protección, Eric. Ella sabe lo que hace.

—En la vida profesional, desde luego. Pero, ¿y los hombres?

Jen soltó una carcajada.

—Tricia no es un pajarito herido, te lo aseguro.

Eric miró de nuevo a su hermana y no pudo evitar un suspiro de preocupación.

—Espero que tengas razón.

—Una vez casados, querido, descubrirás que yo siempre tengo razón —le prometió Jen.

Una hora después, Sam se percató de que lo estaba pasando bien. No había esperado que fuera así. De hecho, esperaba estar mesándose los cabellos. Pero, en lugar de hacerlo, se dejó envolver por la ruidosa familia Wright. Eran ruidosos, sí, y divertidos. Y resultaba imposible sentirse solo a su lado. Un hombre solitario no tenía nada que hacer con aquel grupo. Su hospitalidad lo envolvía como una manta en una noche fría.

Los niños corrían por el jardín y jugaban con el perro, que parecía estar deseando esconderse en algún sitio. Los adultos charlaban y el sol brillaba en el cielo, anunciando el comienzo del verano.

Sam miró los rostros que empezaban a resultarle familiares. Los recién llegados eran Nora, una mujer de pelo corto y sonrisa alegre, y su hijo, Tommy, el pirómano. Sam lo vigiló mientras jugaba con Katie y Kevin. Estaba sorprendido por aquel repentino instinto protector, pero lo que realmente le sorprendía era que el resto de los adultos no pareciesen en absoluto preocupados. Incluso Tricia estaba sentada en una manta, entre su embarazada hermana y su madre, sin preocuparse por el desastre que podría causar un niño con afición a las cerillas.

Sam debía admitir que Tommy no parecía un pirómano. El niño tenía la cara llena de pecas y le faltaba un diente… Parecía un crío normal, incluso encantador.

Mientras el patriarca de la familia se disponía a preparar la barbacoa, las conversaciones del resto eran como las ondas que se crean en un lago cuando alguien tira una piedra. Sam sólo podía oír fragmentos.

—¿Fútbol? ¿Cómo puedes pensar en el fútbol en medio de la temporada de baloncesto?

—El hockey sí que es un deporte masculino.

—Y el tenis.

Eso lo había dicho un primo adolescente y todos se quedaron en silencio.

—Era una broma —añadió luego, cortado.

—No les hagas caso —le aconsejó Dan Wright—. Discuten sobre cualquier cosa sólo por discutir.

Sam sacudió la cabeza.

—Yo creo que a Eric ni siquiera le gusta el fútbol.

—Probablemente no, pero lo que cuenta es la discusión —sonrió el hombre.

—Muy interesante —sonrió Sam, tomando un trago de cerveza.

Hacía mucho tiempo que no pasaba un día sin hacer nada. De

hecho, no recordaba la última vez que se había tomado un día libre.

—Te agradecemos mucho que hayas traído a Eric.

—No es nada.

—Queríamos ir a Los Angeles después del accidente, pero Eric no nos dejó. No quería que su madre lo viera en el hospital.

Sam asintió.

—La verdad es que no estaba en buena forma.

—Aún no está bien —suspiró Dan, mirando a su hijo con cara de preocupación.

—Los moretones desaparecen, los huesos sueldan —intentó tranquilizarlo Sam. Aunque entendía su preocupación. Como entendía el deseo de Eric de no tener gente a su alrededor en aquel momento. Él había pasado por eso dos años antes y no fue nada agradable.

Básicamente, cuando uno está hecho polvo, lo único que quiere es estar solo. Lo último que necesita es un grupo de gente continuamente preguntando qué quieres o si estás bien. Y, como médico, había podido asegurarle a los Wright que Eric iba a recuperarse sin ningún problema.

—Lo sé —suspiró Dan—. Pero ha sido muy duro.

—Eric está bien, no se preocupe.

Dan lo estudió durante unos segundos y luego asintió con la cabeza.

—Si tú lo dices… Y gracias por todo.

—De nada.

—Las reuniones familiares no son lo tuyo, ¿verdad? —dijo entonces el padre de Eric.

—¿Perdone?

—Supongo que, al principio, somos un poco abrumadores.

—Yo no…

—No es culpa tuya —lo interrumpió el hombre—. Pero lo hemos notado, es normal.

—Las reuniones familiares no son lo mío, no —suspiró Sam, mirando la botella de cerveza, sin saber qué decir.

Evidentemente, su cara de póquer no servía de nada con los Wright. No sólo Tricia podía leer sus pensamientos, aparentemente el resto de la familia también.

Seguramente, llevaba demasiado tiempo sin relacionarse con nadie, pensó. Había olvidado lo agradable que era tumbarse al sol, simplemente disfrutando de estar vivo…

Ese pensamiento lo sorprendió. Él no había querido convertirse en un ermitaño. No había querido volverse raro. Pero, sin darse cuenta, eso era exactamente lo que había pasado.

Dan le dio un golpecito en el hombro.

—No te preocupes, ya te acostumbrarás. Tricia te echará una

mano.

Antes de que Sam pudiera preguntarle qué quería decir, Dan Wright se había dado la vuelta y estaba buscando a alguien con la mirada.

—¡Tommy!

—¿Qué?

—¡Ven aquí si quieres encender la barbacoa!

Sam lo miró, sorprendido.

—¿Qué va a hacer?

—Es una pequeña tradición familiar. A Tommy le gusta encender la barbacoa. Es nuestro pequeño chef, ¿verdad, hijo? —sonrió Dan, revolviéndole el pelo.

—Sí.

Cuando el niño encendió la cerilla y la echó sobre los carbones, todo el mundo empezó a aplaudir. Luego Tommy salió corriendo para seguir jugando con sus primos.

Un pirómano, ya. Sam se sentía como un idiota.

Había estado vigilando al niño, esperando que hiciese alguna trastada…

Pero la experta en trastadas era Tricia. Sam la buscó con la mirada y, como si lo hubiera intuido, ella volvió la cabeza. Sus miradas se encontraron y fue como una colisión.

El enfado desapareció. Era como si estuvieran solos los dos, unidos por un hilo invisible…

Sam sacudió la cabeza. No necesitaba aquello, pensó. Aunque no podía hacer nada para evitarlo.

Capítulo Cinco

Sam observaba a Tricia entrar en la casa, intentando no admirar la curva de su trasero. Aunque no era fácil. Llevaba un top amarillo y unos pantalones cortos que dejaban al descubierto unas piernas de cine. El pelo rubio, suelto, caía sobre su espalda en unas ondas que parecían de miel y que lo hacían desear tocarlo…

Sí, había estado bajo el sol durante demasiado tiempo, decidió.

Irritado por esos pensamientos, se pasó una mano por la cara.

—Así que un pirómano, ¿eh?

No había tenido tiempo de hablar con ella sobre Tommy y sobre la trampa que le había tendido. Pero ahora estaban en casa, solos, y quería una respuesta.

Tricia se volvió con una sonrisa en los labios. Luego levantó las manos, en un gesto de fingida inocencia, y siguió adelante, como si no pasara nada. Sam la siguió. Le había mentido sobre el niño para que se alojara en su casa.

Tenía que preguntarle por qué.

—Si hubieras podido verte la cara —dijo Tricia entonces, muerta de risa, mientras se dejaba caer en uno de los sofás—. Cuando mi padre le dio la cerilla a Tommy… creí que se te iban a salir los ojos de las órbitas.

—Sí, seguro que ha sido muy divertido —suspiró él, sentándose enfrente. Cruzó un pie encima del otro y empezó a martillear con los dedos sobre el brazo del sofá.

Tricia estaba intentando contener la risa pero, en lugar de sentirse irritado, Sam empezaba a encontrarlo divertido. Aunque ella no tenía por qué saberlo. Cuando hizo un melodramático intento por ponerse serio, Tricia se tapó la boca con la mano, muerta de risa.

Sam sacudió la cabeza y, al final, tuvo que sonreír.

—¿Por qué me hiciste creer que Tommy era un pirómano?

—Pues… no sé. ¿Para divertirme?

—Ya, claro. Yo esperando que ese pobre crío incendiara la casa… para morirse de la risa, sí.

Tricia suspiró.

—Lo siento, en serio. Pero debes admitir que ha sido divertido. ¿De verdad pensabas que en esta familia había un demente?

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Sam, sintiendo auténtica curiosidad—. ¿Por qué me has engañado para que me alojase en tu casa?

Ella lo estudió en silencio durante unos minutos. Mientras lo hacía, acariciaba el brazo del sofá con la mano, un gesto que llamó su atención. Sam tuvo que moverse un poco, incómodo, intentando no imaginar esos dedos acariciando su piel, deslizándose por su espalda…

No había sentido nada así en mucho tiempo. Era como si su cuerpo

estuviera despertando de un sueño… y resultaba casi doloroso.

Fuera, los últimos rayos del sol iluminaban el jardín, aunque estaba empezando a oscurecer. De lejos le llegaban las risas de unos niños jugando al balón. Al otro lado de la calle, alguien estaba pasando el cortacésped. Un día normal en la vida de una pequeña ciudad.

—Muy bien —dijo Tricia por fin, poniendo las piernas sobre el sofá —. A lo mejor he «retorcido» un poquito la verdad.

—¿Un poquito?

—Bueno, mucho.

—¿Por qué? —insistió Sam. La luz empezaba a irse poco a poco, como un foco que se apaga en un escenario. Medio en sombra, las facciones de Tricia parecían esculpidas en porcelana y su sonrisa era muy tentadora, especialmente para un hombre que llevaba dos años muerto.

—No lo sé —contestó ella finalmente.

Sam intentó averiguar qué estaba pensando, pero el funcionamiento del cerebro de Tricia Wright era para él un misterio.

Sus ojos eran de un azul profundo, vivido. Más azules que las aguas de un lago, más claras que las del mar. Había algo muy atrayente en su mirada, algo que lo llamaba. Sam supo entonces que estaba entrando en terreno peligroso… pero no podía apartar la mirada.

—Es que, a lo mejor tengo debilidad por los gruñones.

—Yo no soy un gruñón…

—¿No? —Tricia levantó una ceja.

—Bueno, normalmente no lo soy —se corrigió Sam, aunque no era cierto del todo. En los últimos dos años había tenido poca paciencia con todo. Hasta que llegó a Sunrise Beach. Y los cambios que estaba experimentando tenían poco que ver con él y todo con la gente que lo rodeaba. Sencillamente, no le dejaban estar solo. Especialmente, Tricia. Tenía una forma de mirarlo, de sonreírle que exigía una respuesta inmediata.

—Mira, no pasa nada —dijo ella entonces, bajando las piernas del sofá—. Pareces una persona agradable…

—Pensé que era un gruñón —sonrió él.

—Pero un gruñón simpático.

—Jo, gracias —dijo Sam, inclinándose hacia ella.

Tricia lo miró a los ojos.

—Me encanta Nora, pero dos mujeres compartiendo un cuarto de baño… de eso nada.

—¿Tan horrible es?

Tricia seguía sin contarle la verdad, pero ya le daba igual. Lo único que quería era seguir mirándola.

—Horrible, horrible —le aseguró ella, sin dejar de sonreír—. Tan horrible que pensé que sería más fácil compartir casa durante dos semanitas con un médico gruñón que, a veces se porta como un héroe.

—¿Y qué tal está saliendo?

—Por ahora no va mal. En absoluto. ¿A ti qué te parece?

Sam lo pensó un momento. Podría estar en una tranquila habitación de hotel. Podría estar solo, viendo la televisión, cenando solo, durmiendo solo. De no estar allí, en aquel momento estaría paseando por una solitaria habitación de hotel sin oír nada más que los latidos de su corazón.

Era a lo que estaba acostumbrado.

Y lo que esperaba.

Y, por primera vez en mucho tiempo, se alegraba de que las cosas fueran diferentes.

Tricia seguía mirándolo, esperando una respuesta.

—La verdad es que no está mal. Nada mal.

Unos días después, Sam estaba más cansado que cuando trabajaba en su consulta. Cada día había algo nuevo: una comida familiar, tareas de intendencia, encargos para la boda… Para entonces, ya casi podía identificar a todos los miembros de la familia Wright por su nombre.

Prácticamente se había convertido en un miembro más del equipo, que se reunía en consejo de guerra en la cocina de los Wright, para tomar decisiones. No sabía muy bien cómo, pero de alguna forma lo habían adoptado sin que él se diera cuenta.

Y lo sorprendente era que no le importaba en absoluto.

Seguían siendo ruidosos y abrumadores para alguien sin experiencia, pero encontraba algo en aquella gente que no había encontrando antes. Una sensación de solidaridad y de lealtad tan profundas que conectaban a cada miembro de la familia con el otro como si fueran eslabones de una sólida cadena, donde cada persona era un individuo y, a la vez, una parte integral de un todo.

Sam detuvo el coche frente a la casa de Tricia y quitó la llave del contacto. Después de todo un día ayudando a pintar el cenador donde Eric y Jen iban a casarse, estaba deseando descansar un rato.

Curioso, pero la vida allí se había convertido en una rutina y Sam lo agradecía, aun reconociendo lo diferente que era de su propia vida.

En casa, las mañanas pasaban volando. Después de tomar una taza de café, subía al coche y se iba a trabajar. Cada noche, volvía por la misma autopista para cenar solo, irse a dormir y repetir la misma actividad al día siguiente.

Allí, en Sunrise Beach, las cosas eran diferentes. Por las mañanas, Tricia y él se tomaban su tiempo. Mientras desayunaban en la cocina, discutían las tareas del día y, por las noches, Sam había dejado de

intentar esconderse en su habitación buscando la soledad que tan importante había sido para él.

Tricia insistía en que, como era su invitado, lo mínimo que podía hacer era hablar con ella. Era una fuerza de la naturaleza aquella chica. Imposible ignorarla.

De modo que veían películas, oían música o sencillamente hablaban.

O, más bien, pensó, Tricia hablaba y él la escuchaba. Esa mujer podía hablar durante horas y horas sin cansarse nunca.

Sam sacudió la cabeza, pensando que en esos días había aprendido a conocerla bien. Tricia Wright tenía una opinión formada sobre casi todo y no dudaba en compartirla con quien quisiera escucharla. Hablaba de sus hermanos, de sus padres, del instituto, de política, de sus planes para el negocio…

Le hacía pensar, le hacía reír… le hacía sentir.

Sam salió del coche y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, pensativo. La luz de la cocina estaba encendida. Tricia estaría dentro, o haciendo galletas o envolviendo las que ya estaban hechas. La mesa de la cocina estaría llena de bandejas y toda la casa olería a canela y a esa otra especia que no era capaz de reconocer.

Entraría en la cocina y ella levantaría la mirada, con una sonrisa en los labios, para darle la bienvenida a la que ya estaba acostumbrándose y que empezaba a ser importante para él.

Y eso lo hacía sentir culpable. Incómodo, sacó las manos de los bolsillos. Aquella casita, con el diminuto cuarto de baño y el perpetuo aroma a azúcar y canela se había convertido en algo familiar, agradable, consolador. Y no sabía qué hacer.

No debería estar allí.

No debería pasarlo bien.

No debería estar deseando ver a Tricia.

—Demasiado tarde —murmuró para sí mismo.

Su corazón latía con más fuerza al saber que Tricia estaba dentro. No había sentido esa anticipación en tantos años…

Nunca había esperado sentir eso de nuevo.

Él había sido feliz una vez. Con Mary.

Y luego la perdió.

Se le encogió el corazón al pensarlo. En un segundo, todo cambió para siempre.

Había pasado demasiadas noches pensando en lo que había hecho o había dejado de hacer, en cómo habría sido si… Pero no podía cambiar nada.

Mary se había ido.

Y no podía exigir una vida feliz cuando no fue capaz de salvar la de ella.

Aquellas dos semanas con los Wright, con Tricia, sólo eran algo temporal. Un descanso. Debería recordar eso. Recordar que cuando terminasen aquellas dos semanas, volvería a Los Ángeles. Volvería donde estaban los recuerdos de Mary. A su sitio.

—¿Eres tú, Sam?

—Sí —contestó él—. Soy yo.

—Estoy en el poooooorche —gritó Tricia, alargando mucho la primera vocal.

Sam miró la mesa llena de galletas antes de salir al jardín. Debía haber trabajado mucho aquel día porque había montones de galletas envueltas en celofán amarillo, con una cinta de color malva.

Enseguida vio a Tricia a través de la mosquitera, sentada en los escalones del porche. A su lado, un plato de galletas y una copa con un líquido amarillento.

—Hola. ¿Quieres un margarita?

Sam sonrió. Tenía la impresión de que ella había tomado más de uno.

—Bueno.

—He sacado una copa para ti, mira —dijo Tricia, volviéndose rápidamente para buscarla—. ¡Ay, que me mareo!

—¿Estás bien? —preguntó Sam, sentándose a su lado.

—Estoy fenomenal —murmuró ella, mordisqueando una galleta.

—¿Galletas y alcohol?

—Las galletas van con todo. Te lo digo yo, que soy la chica de las galletas.

—Es verdad. Se me había olvidado que trataba con una profesional —sonrió Sam—. ¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó luego, estudiando su perfil—. ¿Y cuántas copas has tomado?

—Una hora —contestó ella, estirando las piernas—. Y sólo he tomado un par de copas. No te preocupes, no tendrás que soportar a una borrachuza.

—Me alegra saberlo.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Hay alguna razón para que estés sentada aquí, bebiendo?

—¿Hay que tener una razón especial para tomar una copa?

—No, supongo que no —contestó él.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —preguntó Tricia entonces —. En serio digo, enamorado de verdad.

No por primera vez, el sentimiento de culpa golpeó el corazón de Sam con la fuerza de un martillo. El rostro de Mary apareció en su mente y le sorprendió ver que su imagen fuera lejana, difusa, como si estuviera mirándola a través de la niebla.

—Sí —contestó, con un nudo en la garganta.

—¿Ah, sí? —murmuró Tricia sorprendida—. Pues entonces, al menos tú has tenido eso. Yo no. Tengo veintiocho años y nunca he visto fuegos artificiales.

Sam la miró, confuso.

—¿Qué?

—Ya sabes, los fuegos artificiales metafóricos.

Él asintió, perdido.

—Después del sexo. Cuando todo es maravilloso…

—Ah, ya entiendo —sonrió Sam. Y luego volvió a concentrarse porque con Tricia Wright uno tenía que concentrarse para seguir su conversación.

—Nunca los he visto, ni los he sentido —siguió Tricia, moviendo su copa. Al hacerlo, parte del líquido cayó sobre su mano—. ¡Huy, qué tonta!

Sam tuvo que tragar saliva cuando la vio pasar la lengua por el canto de su mano. El deseo lo sorprendió por completo, con una intensidad que lo dejaba atónito.

—Mis padres creen que tengo el corazón roto —siguió ella, sin darse cuenta del caos que estaba creando—. Mi hermana dice que soy demasiado exigente con los hombres y mis hermanos están decididos a interrogar al próximo que me interese. Pero eso no va a pasar. Porque, como ya te he dicho, sólo pienso relacionarme con el azúcar.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Tricia suspiró, levantando la cabeza para mirar las estrellas. Mientras ella miraba el cielo, Sam la miraba a ella. El pelo rubio caía sobre su espalda y se movía de una forma hipnótica…

—El problema es que, aunque el azúcar es maravilloso, no creo que ahí vaya a encontrar los fuegos artificiales.

Ya había unas cuantas chispas saltando entre ellos, pensó Sam, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Y por qué piensas en eso precisamente esta noche?

—He estado en casa de mis padres y han empezado a hablar de Daly, mi último novio.

—¿Y?

—Creen que tengo el corazón roto, pero no es verdad y eso me da pena.

—¿Te da pena no tener el corazón roto?

—Sí porque, evidentemente, no estaba enamorada de él… ni siquiera le echo de menos. Y me pregunto, ¿y si Daly me hubiera pedido que me casara con él? ¿Y si le hubiera dicho que sí? —suspiró Tricia, levantándose para bajar al jardín—. Cosas más raras han pasado, ¿no?

Sam la siguió. Caminaba por el jardín con paso firme, de modo que no debía haber tomado tantas copas como él había creído.

—Pero no habrías dicho que sí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, volviéndose. Sus ojos brillaban bajo la luz de la luna y sus labios, normalmente curvados en una sonrisa, estaban temblando.

—Porque no estabas enamorada de él, tú misma lo has dicho.

—Pero podría haberme convencido a mí misma. ¿Voy a tener que esperar para siempre los fuegos artificiales o debería contentarme con la luz de una cerillita?

Sam sabía que debía dar un paso atrás, estaban demasiado cerca. Debería entrar en la casa… ¿En la casa? Lo que debería hacer era subir a su coche y pisar a fondo el acelerador hasta que llegase a Los Angeles. A su casa, donde sabía qué hacer y cómo actuar. Donde Tricia Wright no estaba cerca.

Pero no iba a marcharse.

No lo haría aunque pudiese hacerlo.

La luz de la luna, su perfume y el aire cálido del verano, todo se combinaba para hacerlo desear lo que no podía tener.

—Deberías esperar los fuegos artificiales —dijo con voz ronca.

—¿Ah, sí? —Tricia se acercó un poco más—. ¿Quieres ayudarme a buscarlos, Sam?

Capítulo Seis

Sam dio un paso adelante.

Ella también.

Un segundo después, estaba en sus brazos, apretada contra su pecho, y Sam se encendió como un cartel de neón de Las Vegas. Su corazón latía con la fuerza de un huracán.

Tricia levantó la mirada y, no por primera vez, Sam se preguntó qué estaba pensando, sintiendo. Pero no tuvo que seguir haciéndose preguntas porque, un segundo después, ella se puso de puntillas y buscó sus labios. Sam la apretó contra él, envolviéndola en sus brazos.

Cuando Tricia entreabrió los labios, tomó su boca con un ansia que no había creído poseer. Ella suspiró y Sam se tragó su suspiro. Sus lenguas bailaban en una salvaje danza de deseo.

Tricia se apretaba contra su pecho, hundiendo los dedos en sus hombros hasta que casi habría jurado que estaba dejando su marca a través de la camisa. Y no era suficiente.

La deseaba toda. Quería sentir su piel desnuda bajo los dedos, oírla suspirar, verla cerrar los ojos mientras entraba en ella…

La deseaba más que nada en el mundo.

Sam inclinó la cabeza para besarla en el cuello, pasando la punta de la lengua por su piel y sintiéndola temblar mientras susurraba su nombre.

Ese susurro fue como una llama que parecía envolverlo de arriba abajo. Y, aun así, no era suficiente.

—Tricia —murmuró, acariciándola con su aliento. Ella levantó la cabeza, con los labios entreabiertos, ofreciéndole todo lo que, de repente, se había vuelto tan necesario.

—Sam. Los veo.

—¿Eh?

Bésala, tócala, tómala, le decía una voz.

—Los fuegos artificiales —contestó ella—. Están aquí, esperándome. Enséñamelos, Sam. Enséñamelos.

Él la miró con los ojos encendidos. En su interior se libraba una batalla entre lo que quería hacer y lo que debía hacer.

Pero debía tomar una decisión. Sacudiendo tristemente la cabeza, apartó los brazos de Tricia de su cuello, pero no soltó sus manos.

—No puedo.

—¿Qué? ¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque yo no soy el hombre que estás esperando, Tricia.

Ella rió suavemente.

—No te he pedido matrimonio, Sam.

—Lo sé —dijo él, incapaz de explicar lo que sentía, por qué estaba rechazando lo que cualquier otro hombre habría aceptado sin dudar —. Pero no es tan sencillo.

—Muy bien. Pero no digas que no me deseas porque no te creería. He sentido cuánto me deseabas.

Sam apretó los dientes. Por supuesto, se había percatado de su erección. La había abrazado con tanta fuerza que era un milagro que no hubiera salido por su espalda.

—Eso no tiene nada que ver —murmuró, antes de dirigirse al interior de la casa.

No era una huida, más bien una retirada a tiempo. A toda velocidad.

Pero debería haber sabido que Tricia no abandonaría tan fácilmente. Estaba justo detrás de él.

Tricia se merecía algo mejor, pensaba. Se merecía un hombre que le entregara todo su amor. Un hombre que buscase las mismas cosas que ella, un hombre que pudiera amarla. Él no podía. Cuando subía la escalera oyó sus pasos detrás y se volvió. Tríela se chocó contra él y Sam la sujetó, momento que ella aprovechó para echarle los brazos al cuello. Tenía una sonrisa en los labios.

—Tricia…

—Sam —dijo ella, sin dejar de sonreír, mostrando aquel hoyito tan atractivo…

Pero tenía que ser fuerte, se dijo a sí mismo, apartando sus brazos. A pesar de que su cuerpo le pedía que la abrazase hasta dejarla sin aliento.

—Quiero saber por qué estas tan decidido a apartarte de mí —murmuró ella, sacudiendo la cabeza.

Sam temía hasta respirar por miedo a oler su perfume. En aquel momento, eso sería suficiente para hacerle perder la cabeza.

—Esto no debería pasar.

Tricia lo miró a los ojos, como si pudiera leer allí sus pensamientos. Y quizá podía.

—¿Estás casado?

—No.

«Ya no».

—¿Prometido?

—No —contestó Sam—. Pero eso no es importante.

—Es lo único importante —replicó ella, abrazándolo de nuevo—. Sam, los dos somos adultos y no estamos comprometidos con nadie. Y nos deseamos, ¿no?

Como sin duda podía sentir de nuevo cuánto la deseaba, sería absurdo negarlo.

—Tú te mereces algo mejor que un revolcón de una noche. Y eso es todo lo que yo puedo ofrecerte.

—A lo mejor sólo necesito una noche.

Ojalá pudiera leer sus pensamientos, pensó Sam. ¿Qué estaba

pasando por su cabeza? ¿Pensaría que aquello, lo que fuera que había entre ellos, podía convertirse en algo más serio?

Porque si era así, él sería el siguiente de la lista en hacerle daño. Y no quería hacerlo. Le gustaba Tricia. Pero él no era el hombre que buscaba.

—Deja de pensar —dijo ella, acariciando su cara. El roce era electrizante. Casi podía sentir cómo hervía su sangre, oír los latidos apresurados de su corazón.

—Tricia…

—Déjate llevar, Sam —lo interrumpió ella, poniéndose de puntillas para darle un besito en los labios.

Un beso y no se movió. Dos y su corazón latía como si quisiera salirse de su pecho. Tres y supo que estaba perdido.

Rindiéndose a lo inevitable, Sam la apretó contra sí, deslizando la mano posesivamente por su espalda. Tenía que tocarla, sentirla.

El beso los hizo perder la cabeza a los dos. Con la lengua imitaba lo que quería hacerle con otras partes de su cuerpo…

Tricia gemía, levantando las piernas para enredarlas alrededor de su cintura y, de repente, Sam experimentó un deseo que no había sentido antes. Nunca.

Aquello era diferente.

Era más de lo que había experimentado nunca.

Furioso consigo mismo, intentó apartar ese traidor pensamiento. Pero metió las manos por debajo de la camiseta para disfrutar de su piel, tan suave, tan caliente.

Tricia se restregaba contra él, sin apartarse un centímetro, dando tanto como recibía. Luego, tomando su cara entre las manos, lo miró a los ojos.

—Vamos al dormitorio. Ahora.

—Ahora mismo —murmuró él.

Sólo había cuatro puertas en el pasillo: su habitación, el diminuto cuarto de baño, un armario para la ropa blanca y la habitación de Tricia, la más cercana. Sam tomó el picaporte y abrió la puerta de par en par.

Las paredes estaban pintadas de azul, de un azul parecido al de sus ojos. Y entonces pensó que había estado destinado a entrar allí desde el primer día. Desde que se sentó a su lado en el coche y empezó a tomarle el pelo.

Desde la primera vez que le sonrió.

Sam se dirigió hacia la cama, que estaba en el centro de la habitación. Ni siquiera se molestó en apartar el edredón, también de flores. Se sentó encima y colocó a Tricia sobre sus rodillas.

La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas, iluminando la habitación con un tenue resplandor plateado.

Sam se quedó sin respiración cuando Tricia se sentó sobre él a horcajadas. Y estuvo a punto de morir de un infarto cuando ella misma tiró de su camiseta para quitársela y tirarla al suelo. Tenía unos pechos grandes, con los pezones rígidos, que él prácticamente podía saborear con sólo mirarlos.

—Tricia…

Ella sonrió, una sonrisa perezosa, traviesa. Tenía los ojos brillantes de orgullo femenino. Sabía exactamente el efecto que ejercía en él y estaba disfrutando.

Sam tomó uno de los deliciosos pezones entre el pulgar y el índice. Ella gimió, restregándose contra él. Levantando las manos, sujetó las de Sam sobre sus pechos un momento.

—Ahora tú —murmuró, intentando quitarle la camisa.

De repente ansioso por estar piel con piel, Sam desabrochó la camisa y dejó que Tricia pasara las manos por su torso, despacio, acariciando cada músculo. Su cuerpo se encendió como una tea. Si no la tenía en aquel momento se moriría.

Era tan inesperado.

Tan fascinante.

Tan… necesario.

—Me asombras —consiguió decir, mirándola a los ojos. Seguía acariciando sus pechos, jugando con sus pezones.

—¿Por qué? —preguntó ella, con su seductora sonrisa.

—Por muchas razones —murmuró Sam, mirándola de arriba abajo, desde el halo de pelo rubio que enmarcaba su cara hasta los muslos con los que rodeaba su cintura.

Duro como una piedra y ansioso por estar dentro de ella, acarició sus costados con las dos manos, dejándolas reposar luego en la cinturilla del pantalón corto. Al ver que se le ponía la piel de gallina cuando empezaba a desabrochar el botón, supo que estaba tan excitada como él.

—Eres asombrosa —repitió.

—Tú también —dijo ella, con un hilo de voz. Sam sonrió para sí mismo. Pero la sonrisa duró poco porque Tricia empezó a frotar su trasero contra su entrepierna hasta que su frente se cubrió de sudor. Al oírlo gemir, sonrió, echando el pelo hacia atrás y moviéndose sobre él como si estuviera montando un caballo.

Y Sam se sentía como un semental. Quería hundirse en ella, quería enterrarse en ella. Quería ver sus ojos brillantes, sentir sus músculos cerrándose a su alrededor y oírla suspirar al borde del orgasmo.

Pero antes debía asegurarse de que Tricia lo deseaba tanto como él. La paciencia tendría su recompensa… si no explotaba antes.

Su calor se le traspasaba a través de la tela del pantalón y supo que no podría esperar mucho más. Tricia debía intuir su impaciencia, pero

hacía todo lo posible por impacientarlo más.

Moviéndose despacio, levantó las manos y empezó a acariciarse los pechos, jugando con sus pezones. A Sam se le quedó la boca seca.

Aun así, debía darle una oportunidad de cambiar de opinión, decirle de nuevo que él no era la clase de hombre que esperaba. Tenía que darle la opción de marcharse antes de que, inevitablemente, se fuera él. A pesar de que, si no la tenía enseguida, estaba seguro de que su corazón iba a estallar.

—Tricia… —empezó a decir, intentando contener el deseo que atenazaba su garganta.

—No —lo interrumpió ella, poniendo un dedo sobre sus labios—. Si vas a decir que no podemos hacer esto, te equivocas —añadió, besándolo en la cara, en el cuello.

Luego se movió para colocarse directamente sobre su erección. Lo miraba a los ojos para que leyera la pasión que había en ellos, para que supiera sin ninguna duda que lo deseaba tanto como él.

—Me alegro de que lo pienses —dijo Sam, con los dientes apretados.

—Necesitamos esto, Sam. Ahora mismo.

—Estoy convencido.

—Gracias a Dios.

Una vez aclaradas sus dudas, Sam decidió no pensar en nada que no fuera aquel momento. Hasta que estuviera saciado de la mujer que lo estaba torturando.

La tumbó sobre la cama y empezó a acariciarla por todas partes como para recordar cada curva, cada recoveco de su cuerpo.

—Tenemos que librarnos de esto —murmuró, bajando la cremallera del pantalón. Ella levantó las caderas para ponérselo más fácil y Sam descubrió unas braguitas de encaje color melocotón. Y su corazón estuvo a punto de detenerse.

Inclinó la cabeza para besar su estómago plano, por encima del elástico de las braguitas, y Tricia se estremeció, murmurando su nombre de tal forma que algo tembló dentro de él. Sam sonrió mientras seguía quitándole el pantalón. Las marcas del sol dejaban claro que el biquini que usaba era más pequeño que las braguitas y, de repente, sintió un deseo absurdo de verla en biquini, siendo besada por el sol.

Cuando acarició su estómago con la punta de la lengua, ella volvió a estremecerse, murmurando su nombre con un deseo, con una pasión indescriptibles.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que sintió «algo». Ahora, estaba abrumado de emociones y no podía ponerles nombre. No podía identificarlas.

Así que dejó de intentarlo.

Tiró hacia abajo del elástico de la braguita y ella abrió los ojos. Cuando la vio pasarse la lengua por los labios, Sam, emitiendo una especie de gruñido salvaje, se quitó la ropa para arrodillarse desnudo frente a ella.

—Sam —lo llamó Tricia, alargando los brazos.

Pero él tenía otras ideas.

La acariciaba despacio, deslizando las manos por sus muslos hasta que sus dedos estaban a unos milímetros del objetivo. Ella se agitaba, intentando colocarse en la posición que quería para que la tocase allí, pero Sam decidió seguir torturándola un poco más.

Sonriendo, levantó sus piernas y las colocó sobre sus hombros, sujetando su trasero con las dos manos. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, un poco sorprendida.

—Sam…

—Tricia, cállate —la interrumpió él.

Ella volvió a pasarse la lengua por los labios y se sujetó al borde del edredón, como preparándose para que su mundo se pusiera patas arriba.

—Muy bien.

Entonces Sam inclinó la cabeza y empezó a acariciar con la lengua esa parte tan sensible de su cuerpo.

Ella se arqueó un poco más, moviendo las caderas para recibir sus caricias. Cuando notó que sentía los primeros temblores, experimentó un escalofrío de placer. Sabía lo que le estaba haciendo, sentía la respuesta de Tricia dentro de él. Ella gemía, moviendo la cabeza de lado a lado. Sam la acariciaba con la lengua una y otra vez y, cuando encontró el pequeño capullo enterrado entre los rizos rubios, lo chupó suavemente. Eso la deshizo y se dejó llevar por un frenético abandono que excitó a Sam tanto como a ella.

Tricia alargó la mano para enredar los dedos en su pelo, sujetándolo ahí, como si temiera que quisiera apartarse y dejarla insatisfecha.

Pero él no quería parar. Sam quería más. Quería saborearla toda, explorar cada centímetro de su cuerpo, hacerla suya.

Cuando por fin la oyó jadear, temblando, estremecida por completo, se inclinó hacia ella y le dio un beso en los labios.

—Madre mía… Ha sido… —empezó a decir Tricia cuando pudo encontrar su voz.

—¿Sí? —susurró él.

—Me he quedado sin palabras.

—Eso es un milagro.

—Qué cosas.

—Y esto es sólo el principio —murmuró Sam entonces, tomando uno de sus pezones en la boca.

—Promesas, promesas —bromeó Tricia.

—¿Crees que estoy bromeando?

—No —contestó ella, intentando llevar aire a sus pulmones—. Seguro que no —añadió, acariciando su espalda.

—Me alegro de que lo tengas tan claro —dijo Sam, sin dejar de mordisquear sus pezones.

Siguió atormentándola con los dedos y la lengua hasta que la tuvo gimiendo otra vez, de nuevo a punto de explotar. Tricia murmuraba su nombre de tal modo que le hacía sentir escalofríos. Él la chupaba y ella arqueaba el cuerpo, pidiendo más, sujetando su cabeza y levantándola después para besarlo. Sam la besaba, hambriento, sus lenguas bailando una danza antigua que aumentaba el deseo.

«Ahora».

Entonces se apartó.

—Espera un momento —murmuró, maldiciéndose a sí mismo por no haberlo pensado antes, por no estar preparado para la eventualidad. Pero él no viajaba con preservativos en el bolsillo por si tenía suerte. No había planeado acostarse con Tricia.

—En el cajón —dijo ella—. En la mesilla, ahí. Y hazlo rápido, por favor.

Esa petición hinchó su ego masculino. Saber que ella lo deseaba de tal modo era casi tan excitante como oírla susurrar su nombre. Sam abrió el cajón de la mesilla y sacó un envoltorio plateado.

—Menos mal…

Apoyada en un codo, Tricia lo observaba ponerse el preservativo con una sonrisa en los labios. Luego se incorporó para acariciarlo, pasando la mano arriba y abajo hasta que Sam estuvo a punto de gritar.

—Te quiero dentro, ahora. No me hagas esperar más —murmuró, cerrando la mano sobre su miembro.

—No más esperas —dijo él, tumbándola de espaldas. Tricia abrió las piernas para darle la bienvenida.

Intentó ir despacio, disfrutar de la sensación de deslizarse dentro de ella. Pero el deseo era demasiado fuerte y su bienvenida demasiado cálida.

Tricia levantó las caderas para recibirlo mejor y Sam se sintió capturado. Lo sujetaba con fuerza, lo apretaba como si fuera un guante y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no terminar demasiado pronto.

Quería que ese momento, esa noche, durasen para siempre. Quería que aquella… conexión no se rompiera.

Se movían al unísono, como si ya lo hubieran hecho antes, como si fuera un ritual mil veces repetido.

Y, a la luz de la luna, jadeando, repitiendo sus nombres una y otra



vez, corrieron juntos y juntos cayeron en el precipicio.

Capítulo Siete

Cuando terminó la locura, Sam cayó a un lado, sin aliento.

Temblando, cubierto de sudor, intentaba llevar oxígeno a sus pulmones mientras miraba las sombras que la luna creaba en el techo. Casi se sobresaltó cuando Tricia le puso una pierna encima.

Poniéndose un brazo sobre los ojos, intentó borrar la habitación, la luz de la luna, a Tricia, lo que acababa de pasar. Se sentía culpable porque había olvidado a Mary durante unos minutos.

Sam hizo una mueca, apretando los ojos para apartar de sí el dolor y la angustia que sentía, ¿Cómo podía haberla olvidado, aunque fuese por un momento?

¿Y cómo no iba a hacerlo?

Nunca había experimentado algo así. El sexo con Mary había sido, debía admitirlo, mucho menos excitante. Hacían el amor despacio, con ternura. Con Tricia había encontrado una pasión y un deseo abrumadores. Mary había sido una llama silenciosa, Tricia una explosión.

Y seguramente estaba cometiendo otro pecado al estar en la cama con una mujer mientras pensaba en otra.

—Vaya.

Naturalmente, Tricia no podía estar callada mucho tiempo. Si había aprendido algo sobre aquella mujer durante los últimos días era que odiaba el silencio. El silencio para ella no era más que una pausa entre conversaciones, un descanso antes de despegar de nuevo.

Sam apartó el brazo de su cara. No le sorprendió que ella estuviera muy cerca, mirándolo.

—Ha sido… genial.

Estaba despeinada y tenía los labios hinchados. Le parecía preciosa y tuvo que luchar contra el deseo que amenazaba con estrangularlo de nuevo. Tricia respiraba con dificultad, pero no había dejado de sonreír. Nunca dejaba de hacerlo.

Sam sonrió también para sí mismo. Ella no era de las que se tapaban modosamente los pechos con la sábana…

De nuevo, se sintió culpable por compararla con Mary. Su difunta esposa había sido una mujer tímida, incluso cuando estaban en el dormitorio. Y a él le gustaba, aunque a veces hubiera deseado que fuese más abierta, más natural, para poder tener una vida sexual más rica.

—Estás pensando.

—¿Qué?

—He dicho que estás pensando —repitió Tricia—. Y no se puede pensar cuando uno está haciendo el amor.

—Ya no lo estamos haciendo.

—Eso es lo que tú crees —rió ella, alargando la mano para

acariciarlo. Pero Sam la detuvo.

Tricia levantó los ojos, llenos de confusión y algo más que no sabría definir.

—Ésa no era la respuesta que yo había esperado.

—Tricia…

En lugar de enfadarse o apartarse, ella aprovechó que Sam sujetaba su mano para entrelazar los dedos, convirtiendo un rechazo en un gesto íntimo.

—¿Qué pasa? Hace un minuto todo era maravilloso y ahora…

Sam apretó los dientes. Se sentía como un idiota. Como un marido que engaña a su mujer en un motel barato. Aunque incluso él sabía que ese pensamiento era ridículo. Pero se levantó de la cama, confuso. Desnudo, se acercó a la ventana y miró el jardín, donde había empezado todo, preguntándose por qué no había sido capaz de ponerle freno. Pero si lo hubiera hecho, no se habría acostado con Tricia. Y, aunque se sintiera culpable, no cambiaría eso por nada del mundo.

Apoyándose en la pared, siguió mirando las sombras del jardín mientras decía:

—No tiene nada que ver contigo.

—¿Ah, no? Pues a mí me parece que sí.

Él se arriesgó a mirar por encima de su hombro. Tricia estaba sentada en la cama, con el edredón y las sábanas hechas un barullo a su alrededor. La luz de la luna iluminaba su piel, sus ojos.

—Soy yo.

—Ah. El típico «no eres tú, soy yo». ¿No puedes inventarte algo mejor?

—¿Que?

Tricia saltó de la cama y se acercó a él, sin poder disimular su indignación. Su cabeza le llegaba por la barbilla, pero el fuego que había en sus ojos la hacía parecer mucho más alta.

—Ya te dije que no te estaba pidiendo matrimonio, Sam. Esto ha sido sexo, nada más. No estamos prometidos ni nada por el estilo, así que relájate.

Él se quedó mirándola durante largo rato. No podía culparla por tomárselo mal.

—Mira, lo creas o no, de verdad es culpa mía. Es la primera vez…

Riendo, Tricia sacó una camiseta del cajón de la cómoda.

—¿No me digas que eras virgen? ¿Estás intentando decirme que he seducido a un novicio? En ese caso, espero que no te importe si te digo que, para ser la primera vez, se te da muy bien.

Sam sacudió la cabeza.

—No estoy diciendo eso…

—Entonces, ¿qué intentas decir? —volvió a interrumpirlo ella.

Desnudo se sentía en desventaja. Si iban a discutir, al menos quería llevar algo de ropa, pensó Sam, inclinándose para buscar el pantalón.

—Es la primera vez que me acuesto con alguien desde que murió mi mujer.

Había esperado atragantarse con las palabras «mujer» y «murió», pero no fue así. ¿Qué significaba eso?

—¿Tu mujer?

—Mary.

—Mary —repitió Tricia, como si fuera una palabra extraña.

—Sí.

—¿Y murió?

—Hace dos años.

Ayer. Hacía una vida entera.

Tricia se apartó el pelo de la cara, nerviosa.

—Deberías habérmelo contado.

—Sí, lo sé.

—Ah, qué bien. Si lo sabes…

—Tricia…

—Mira, déjalo. Yo te he contado que no quería volver a saber nada de hombres, que mi única relación sería con el azúcar…

—Hasta esta noche.

—Muy bien, hasta esta noche —asintió ella—. Aunque el azúcar es buenísimo, no puede hacerme lo que tú me has hecho.

—Gracias, lo mismo digo.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo en que ha sido fenomenal. Ahora lo que tienes que hacer es explicar por qué no me habías contado que estuviste casado y que tu mujer murió.

—No lo sé.

—Buena respuesta.

—Es la única que tengo —suspiró Sam.

Una estupidez, tenía que admitirlo. Debería haberle hablado de Mary, debería habérselo contado cuando le preguntó si había estado enamorado alguna vez. Pero no quiso hablar de ello en ese momento. No quería más compasión.

Misión cumplida.

—No estoy diciendo que eso me habría hecho cambiar de opinión… pero deberías habérmelo dicho.

—Probablemente.

—No puedo creer que Eric no me haya contado nada —murmuró Tricia, paseando por la habitación—. Mi hermano suele sacar la lengua a paseo…

Sam se sentó a los pies de la cama para mirarla. Para admirarla. Sus piernas eran largas, suaves. Unos minutos antes habían estado alrededor de su cintura, apretándolo en los espasmos del placer…

Se excitó al recordarlo. Quería estar dentro de ella otra vez. Quería sentir su calor.

—Debería habértelo dicho —admitió—. Pero no pensé que acabaríamos en la cama.

—Yo sí.

—¿Qué?

—Yo sabía que acabaríamos en la cama —contestó Tricia, sentándose a su lado—. Estaba convencida.

—¿Por qué?

—Pensé que te hacía falta un buen revolcón…

—Pero…

—No, no quiero una relación, no te preocupes —lo interrumpió ella—. Pero pensé que eras soltero, yo soy soltera… ¿por qué no podemos ser solteros en pareja?

—¿Solteros en pareja? —repitió él, atónito—. ¿Qué quieres, confundirme?

Tricia suspiró, pasándole un brazo por los hombros en un gesto de camaradería que, si era posible, lo sorprendió aún más.

—No, es que soy así.

—Se te da bien confundir a la gente.

—Lo que quiero decir es que… no sé si habría sido diferente de haber sabido lo de tu mujer, pero habría estado bien que me lo contaras.

—De acuerdo.

—¿Quieres confesarme alguna cosa más?

—¿Ahora eres sacerdote?

Tricia parpadeó, con gesto inocente.

—Lo que se le cuenta a la chica de las galletas, es un secreto que se llevará a la tumba.

Sam sonrió. Y, en ese momento, la carga de culpa que llevaba sobre los hombros empezó a desaparecer. ¿Eran los ojos de Tricia? ¿Era el roce de su mano, su proximidad, el calor de su voz?

¿O sería que, por primera vez en su vida empezaba a sentirse desesperadamente solo?

No lo sabía. Y le daba igual.

Sólo sabía que la necesitaba en aquel momento. Y si así la separación iba a ser más dolorosa… tendría que lidiar con eso más adelante.

—Sí, tengo que confesar otra cosa —dijo entonces.

—Dime —murmuró Tricia.

—He encontrado más de un preservativo en ese cajón.

—¿Ah, sí? —rió ella, sentándose en sus rodillas—. Qué cosas.

Sam metió las manos por debajo de la camiseta para acariciar sus pechos y Tricia suspiró, apretándose contra él.

—¿Cuántos has encontrado? —murmuró, pasando un dedo por su torso.

—Suficientes para toda la noche —contestó Sam, con voz ronca.

—Entonces, deja de hablar, doctor Holden. Estamos perdiendo el tiempo.

Abrazándola, Sam cayó sobre el colchón y se perdió en la hermosura de Tricia Wright.

A la mañana siguiente, Sam despertó en la cama de Tricia. Un rayo de sol se colaba por la ventana y le daba directamente en los ojos. Medio dormido, tardó un minuto en recordar dónde estaba y por qué.

Naturalmente, enseguida lo recordó… a todo color. Una suave brisa entraba por la ventana y podía oír los ladridos de un perro, risas de niños en la distancia y el ruido de un cortacésped.

Un día cualquiera en una pequeña ciudad.

Pero aquel día, pensó mientras recogía su ropa del suelo, era diferente porque se había acostado con la hermana de su mejor amigo.

Sam salió de la habitación y se detuvo frente a la puerta de su dormitorio, oyendo a Tricia canturrear en la cocina. Sonrió, a pesar de que no estaba muy seguro de cuáles eran sus sentimientos en aquel instante. Aquella mujer cantaba de pena, pero parecía darle completamente igual.

¿Había alguna lección en eso? Era demasiado temprano para descifrar mensajes, se dijo.

Con la voz de su amante aún resonando en sus oídos, sacó ropa limpia de la maleta y se dirigió al cuarto de baño.

Media hora después, limpio, afeitado y con un chichón en la cabeza porque la ducha había sido construida para los siete enanitos, bajó a la cocina. Pero un dolor de cabeza era el menor de sus problemas, pensó Sam, porque no iba a rescatarlo el Séptimo de caballería.

Tendría que enfrentarse con la mujer con la que había hecho el amor durante toda la noche y decirle que aquello no podía continuar. A pesar de lo que dijera, sabía bien que Tricia Wright era la clase de mujer que esperaría algo más, mucho más.

Y, en cierto modo, tendría razón.

Porque había sido algo más.

Pero Sam no sabría definir qué.

Capítulo Ocho

Tricia había trabajado como una máquina esa mañana.

Sobre la mesa de la cocina había montañas de galletas, algunas envueltas en papel celofán, otras reposando en sus bandejas, otras aún sin meter en el horno…

—¿Quieres un café?

Llevaba el pelo sujeto en una coleta, las piernas al aire bajo unos vaqueros cortados y un top rojo sin mangas.

Sam tuvo que hacer un esfuerzo para no acariciar esos brazos bronceados…

—Sí, gracias.

—El café está caliente. Llevo horas despierta.

—Ya veo —murmuró Sam, sacando una taza del armario. Aquel sitio ya le resultaba familiar. Se sentía… como en casa. O así era hasta aquella mañana. Pero todo había cambiado. Por la noche habían cruzado una línea invisible y ya nada sería igual. Ahora tenían una… no quería usar la palabra «relación», pero ¿qué otra palabra podía usar?

—¿Has dormido bien?

Sam la miró con el rabillo del ojo. Estaba sonriendo, como siempre. Pero tenían que hablar. Tenía que hacerle entender que, a pesar de lo que había pasado por la noche, no podía haber nada entre ellos.

—Normalmente necesito más de veinte minutos de sueño para dormir bien —admitió él.

—Sí, yo también —sonrió Tricia, sacando unas galletas del horno —. Pero a pesar de la falta de sueño, me siento muy alegre esta mañana. Al contrario que otros que yo conozco.

—Necesito un poco más de cafeína.

—Como médico, ¿no deberías tener cuidado con eso?

—Como médico, sí. Como persona, para nada.

—Ah, ¿los médicos también son personas? Quién lo hubiera dicho.

—Es un secreto —sonrió Sam, tomando un sorbo de café.

—¿Sabes una cosa? Creo que lo estamos haciendo bastante bien.

—Tú lo estás haciendo todo, yo sólo miro.

—No me refería a eso.

—¿Entonces? Sam sabía perfectamente a qué se refería, pero no quería ser él quien empezara la conversación. ¿Por cobardía? No quería llamarlo así. Mejor pensar que era por cautela.

Tricia dejó de trabajar y se cruzó de brazos. En sus ojos había un brillo burlón.

—Tú sabes de qué estoy hablando. Estamos haciendo el «paripé de la mañana siguiente» bastante bien.

—¿Ah, sí?

—Si no hablamos de ello es como si no hubiera pasado, ¿no? Es como el elefante en la cocina.

—¿Qué?

—Un elefante metafórico. Ya sabes, el tema del que nadie quiere hablar.

—Ya veo.

—Así que, naturalmente…

—Tú vas a hablar de ello.

—Claro —asintió Tricia, con una sonrisa que despertó campanas de alarma en su cerebro y en otras partes de su cuerpo.

Sam se tomó el resto del café de un trago, esperando que la cafeína lo espabilara. Ella llevaba horas despierta, sin duda pensando en lo que iba a decir… ¿qué esperaba que dijera él? Llevaba de pie quince minutos y sólo sabía que no estaba preparado para mantener esa conversación.

—Y no hay forma de evitarlo, ¿verdad?

—No.

—Muy bien —Sam dejó la taza sobre la mesa y se cruzó de brazos —. Dispara.

Tricia soltó una carcajada.

—Ése no es un comienzo muy optimista.

—No lo decía literalmente.

—De todas formas. Se me da fatal disparar, por cierto. Jake me llevó una vez a un campo de tiro e hice el ridículo más absoluto.

—Estás cambiando de tema.

—Lo sé. Te estaba dando tiempo para despertarte.

—Gracias.

Con un año tendría suficiente.

—De nada —sonrió ella—. Pero ahora que estás despierto, ¿por qué no hablamos del tema? ¿Quieres hablar de tu mujer?

—No particularmente —contestó Sam.

Hablar de Mary sólo aumentaría su sentimiento de culpa. Hablar de ella sería como darle vida y colocarla sobre la mesa, entre su amante y él. Su amante. Aquello no debería haber pasado. Debería haber mantenido las distancias.

No había tenido ningún problema evitando a las mujeres durante los últimos dos años. ¿Qué tenía Tricia Wright que lo había cambiado todo? ¿Por qué se había sentido atraído por ella desde el principio?

¿Y por qué la deseaba tanto en aquel momento?

—Una pena —suspiró Tricia, sin dejar de echar azúcar en las galletas—. Yo te he hablado sobre los hombres que han poblado mi triste pasado. Ahora me gustaría hablar de la mujer en la que estabas pensando mientras hacías el amor conmigo.

Sam levantó la mirada, atónito. En los ojos azules vio una

profunda tristeza… y era culpa suya. Debería haber luchado contra aquella fuerza de la naturaleza, debería haberse quedado en el hotel.

Pero ya era demasiado tarde.

—No estaba pensando en ella —dijo, entre dientes—. No estaba pensando en Mary mientras hacía el amor contigo.

Después, sí, pero no mientras hacían el amor.

—Bueno, por lo menos es algo.

—No, ése es el problema —suspiró Sam, levantándose para volver a llenar su taza. Tricia se volvió, mirándolo con curiosidad.

—Explica eso.

Sam se apoyó en la encimera, poniendo las manos a ambos lados de su cuerpo. Necesitaba agarrarse a algo.

—Eres la primera mujer con la que me acuesto desde…

—Ya, eso lo entendí anoche.

—Y no pensé en Mary. Ni una sola vez.

—Eso está bien.

—Depende del punto de vista.

—Sea cual sea el punto de vista, no es ningún crimen, ¿verdad? —murmuró Tricia.

Sam la miró, su pelo rubio iluminado por los rayos de sol que entraban por la ventana. Conocía cada centímetro de su cuerpo, sabía lo que la hacía gozar, lo que la hacía temblar. Estando con ella, encontró la vida. Y le había afectado profundamente, más que nadie.

Reconocer eso era como darle una bofetada a la mujer a la que una vez había amado.

—Sí lo es, para mí. Era mi mujer. Estuvimos casados durante tres años.

—Y…

—Era una mujer dulce, amable, buena y… murió —Sam se detuvo un momento—. Y su muerte fue culpa mía.

Tricia parpadeó.

Sam sabía lo que debía estar pensando. Lo mismo que él: que era un canalla. Él estaba vivo, Mary estaba muerta por su culpa. Y, en lugar de respetar su memoria, había pasado la noche en la cama con una rubia preciosa.

—No te creo —dijo Tricia entonces. Sam no se movió. Se quedó donde estaba, sujetándose a los baldosines de la encimera.

—Es verdad.

—Cuéntame qué pasó.

Los recuerdos amenazaban con tragarlo, como las aguas de un pantano cuando se abre una presa: el rostro de Mary, su sonrisa tímida, sus ojos oscuros, su cuerpo roto, su último suspiro.

Sam levantó una mano y se la pasó por los ojos como si así pudiera olvidar al menos ese último recuerdo. Pero sabía que era inútil. Estaba

grabado en su cerebro para siempre.

—¿Sam?

Él no abrió los ojos. Si eso lo convertía en un cobarde, tendría que vivir con ello. Pero empezó a hablar, a describir la escena que había recordado al menos una vez al día durante aquellos dos años:

—Acabábamos de comprar un coche para Mary y volvíamos a casa desde el concesionario. Yo iba delante, conduciendo despacio porque Mary nunca iba a más de setenta. Le daba miedo.

Todo le daba miedo, pensó en aquel momento, saboreando la amargura de la deslealtad. Pero ella era tan delicada, tan frágil. Su obligación era cuidar de ella porque lo necesitaba. Y no había podido hacerlo. No había podido salvarla.

—Cuéntame.

La voz de Tricia lo mantenía en el presente, a pesar de los intentos de su cerebro por volver al pasado.

—Un conductor borracho se saltó el carril y venía directamente hacia mí… Yo di un volantazo, por instinto, supongo, giré el volante hacia la derecha… Luego miré por el espejo retrovisor…

—¿Y? —la voz de Tricia era ahogada, como si tuviera miedo de preguntar.

—Vi cómo chocaba contra el coche de mi mujer, de frente. Ni siquiera dio un volantazo. Pero ocurrió tan rápido que Mary no pudo apartarse. Aunque lo hubiese intentado…

¿Por qué no lo intentó? ¿Por qué no dio un volantazo? Nunca lo sabría.

—Sam, no sabes cómo lo siento…

Sam abrió los ojos y vio compasión en los de ella. No se la merecía.

—Es Mary quien merece tu compasión, no yo. Yo no pude salvarla, no hice lo que debía hacer.

—Eso es absurdo.

Sam se apartó de la encimera, nervioso.

—No lo es. Soy médico, mi obligación es salvar vidas. Salvé la de Eric, mi mejor amigo, pero no pude salvar la de mi mujer.

—Fue una suerte que estuvieras con Eric, pero no es lo mismo.

—Sí lo es —insistió Sam—. Corrí a ayudarla, pero su coche había quedado como un acordeón. El borracho estaba intentando salir del suyo, pero ni siquiera lo miré. Sólo podía pensar en Mary.

—Por supuesto…

Él no la escuchaba. Estaba de vuelta en aquella autopista, corriendo hacia el coche de su mujer.

—Había saltado el airbag, y ella seguía viva —Sam recordaba la sangre, la agonía que veía en sus ojos, el gemido que escapó de su garganta cuando intentó ayudarla—. La saqué del coche… No debería haberla movido, pero tenía que intentarlo. Llevaba mi maletín

conmigo, los médicos siempre llevan su maletín…

—Sam…

—Pero no pude hacer nada. Estaba… rota, por dentro. Una hemorragia interna. Alguien llamó a una ambulancia… Yo lo intenté, seguí intentándolo hasta que llegó la ambulancia, pero murió de todas formas. No pude salvarla.

—No fue culpa tuya.

Él levantó la mirada, furioso.

—Claro que fue culpa mía. Si no hubiera dado un volantazo, el borracho habría chocado conmigo, no con ella. Y Mary estaría viva.

—Quizá. O quizá os habría matado a los dos.

—No —Sam negó con la cabeza. Había revivido esos momentos tantas veces… Lo sabía, sabía que si él no hubiera dado un volantazo Mary estaría viva.

—No puedes creer eso.

—Sí lo creo.

—Es absurdo, fue un accidente… Podría haberle pasado a cualquiera.

—Cierto, pero le pasó a Mary. Y yo no pude salvarla.

—Tampoco pudo el médico que llegó con la ambulancia.

—Él llegó demasiado tarde —suspiró Sam—. Yo debería haberla mantenido con vida —añadió, pasándose una mano por el pelo en un gesto lleno de desesperación. Pero no lo ayudó nada porque nada podía ayudarlo. El sentimiento de culpa viviría para siempre dentro de él. Como un dragón, escondido entre las sombras, que despertaba de vez en cuando para quemarlo con el recuerdo de su fracaso. Y nada cambiaría eso. Nunca. Sam miró los árboles que separaban la casa de Tricia de la de sus padres. El viento jugaba con las hojas, meciéndolas, acunándolas.

—No tenía ni idea —murmuró ella.

—Ahora lo sabes.

—Sí, ahora lo sé —Tricia se acercó y lo tomó del brazo, mirándolo fijamente—. De haberlo sabido, te habría tratado de otra forma.

Sam hizo una mueca. Esperaba que reaccionase así, que estuviera tan asqueada como él lo estaba consigo mismo. Pero oírlo fue más duro de lo que esperaba.

—No me sorprende.

—¿No? A mí sí. Porque sabía que eras médico, pero no sabía que fueras Dios, además.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Es que no lo entiendes? ¿No entiendes lo que te estoy diciendo?

—Mejor que tú, me parece a mí.

—Aparentemente, no.

—¿Esto es lo que Mary querría? ¿Querría que te desesperases por algo que tú no podrías haber cambiado?

—No, pero…

—Pero nada. Por favor, Sam… Tú no puedes controlar el universo.

—Nunca he dicho que pudiera.

—Te sientes culpable por lo que fue un trágico accidente. ¿Fue culpa tuya o del conductor borracho?

—Él fue la causa, pero yo…

—¿Podrías haber hecho un milagro?

Sam dejó escapar un suspiro. ¿Para qué seguía hablando con ella? No lo entendía, no podía entenderlo. Negó con la cabeza, negándose a aceptar el salvavidas que Tricia le tendía. ¿Cómo iba a dejar de sentirse culpable?

Estaban a unos centímetros, el aroma de su perfume mezclándose con el olor a azúcar y canela…

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —replicó Tricia—. Estás demasiado acostumbrado a castigarte a ti mismo. Eres médico e hiciste todo lo posible por salvar la vida de tu mujer, pero ella murió de todas formas… ¿No has perdido otros pacientes?

—Sí, pero…

—¿Y por qué esto es diferente? —lo interrumpió ella. Sam abrió la boca, pero volvió a cerrarla inmediatamente—. ¿Te has quedado sin palabras?

—Era mi mujer —dijo Sam por fin.

—Y murió.

—Por mi culpa.

—Murió porque murió, porque la vida es así de terrible a veces — insistió Tricia—. No fue culpa tuya, fue un accidente.

Él la miró, intentando leer lo que había en sus ojos. No había piedad en ellos, no había censura. Pero no podía aceptar sus palabras. No podía creerlas. Llevaba demasiado tiempo aferrado a su sentimiento de culpa como para vivir sin él. Si lo hacía, ¿no sería eso como engañar a Mary?

—No lo entiendes.

—No digas eso —insistió Tricia—. El accidente no fue culpa tuya. La muerte de Mary no fue culpa tuya.

—Tú no sabes…

—Sé que la quisiste. Y si hubieras podido salvarla, lo habrías hecho.

—Muy bien. Si no es culpa mía, ¿de quién es, de Dios?

—Fue un accidente —repitió ella—. Dios no conducía ese coche.

—Eso no me ayuda nada.

—¿Y qué te ayudaría, encerrarte en tu casa? ¿Olvidarte del

mundo? ¿Negarte a vivir porque una persona querida murió a causa de un accidente?

—Tú no…

—Sí, a mí no me ha pasado, así que quizá no puedo opinar —lo interrumpió Tricia—. Pero sé una cosa: si todo lo que has aprendido de amar a Mary es a encerrarte en ti mismo, te has perdido lo más importante.

Luego se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Cuando se apartó, Sam tuvo que agarrarse a la mesa para no perder el equilibrio.

—Porque no es eso lo que el amor debe enseñarnos.

Capítulo Nueve

Sam estuvo todo el día yendo de acá para allá, comprando bebidas, encargando adornos para la boda y cargando sillas de alquiler en la camioneta de Jake. Después de cuidar de los niños de Debbie mientras ella se echaba una siesta, ayudó a Dan a recortar el aligustre del jardín para que estuviese perfecto…

Y estaba tan cansado que sólo quería sentarse en algún sitio y cerrar los ojos.

Pero, al menos, había estado haciendo cosas.

Tantas como para olvidar la conversación que había mantenido con Tricia por la mañana. Mejor, pensó. No tenía sentido recordarla. No tenía sentido pensar que quizá, sólo quizá, ella tenía razón. No podía creerlo, no debía creerlo.

Cuando aquellas vacaciones terminasen, volvería a Los Angeles, al mundo en el que sus únicos compañeros eran los recuerdos de Mary y su propio fracaso. Una sensación helada se instaló entonces en su estómago. Cuando llegó a Sunrise Beach sólo pensaba en escapar, ahora quería lo contrario.

Sam se colocó en medio del jardín y dejó que la brisa del mar lo acariciase. Desde la casa le llegaban las voces de los Wright, las risas de los niños.

Todo era tan… normal y, sin embargo, tan extraordinario. Quizá lo extraordinario era tomarse tiempo para darse cuenta de esas cosas, para ver que lo normal era un pequeño milagro. Que las familias se quisieran, que compartieran sus vidas era lo más parecido a un milagro, desde luego.

—Llevo demasiado tiempo aquí —murmuró para sí mismo, mirando el cielo. Un par de nubes blancas se movían con el viento y, por un momento, deseó que ese viento fuera suficientemente fuerte como para llevárselo de allí, como para devolverlo a su casa, donde sabía cómo comportarse, lo que se esperaba de él, donde conocía las reglas.

Pero entonces se dio cuenta de que ya no estaba tan seguro de dónde estaba ese sitio.

La puerta del porche se abrió y cuando vio a Tricia, se le encogió el corazón.

—Hola —dijo ella, con una sonrisa imposible en los labios. No habían vuelto a hablar del accidente. Ella no había insistido como, Sam tuvo que admitir, habría hecho Mary.

Mirando la sonrisa de Tricia, vio en cambio a Mary, su expresión dolida, mordiéndose los labios mientras las lagrimas rodaban por sus mejillas. Recordaba la sensación de culpabilidad cada vez que una discusión se convertía en una guerra fría. A Mary no le gustaba discutir y, simplemente, se encerraba en un obstinado silencio. Era

frustrante ver cómo la mujer que amaba se apartaba de él en lugar de solucionar los problemas…

Sam sacudió la cabeza. ¿Frustrante? Mary había sido una mujer frágil y tierna. No era como Tricia, que siempre llevaba la voz cantante. Ella necesitaba que la cuidasen, necesitaba… demasiadas cosas.

¿De dónde había salido eso?

¿Qué le estaba pasando?

—¡Sam!

El grito de Tricia interrumpió sus pensamientos. En jarras, lo miraba desde el porche, con el pelo al viento, las piernas bronceadas, los ojos brillantes… y a él se le quedaba la boca seca. Incluso a distancia lo afectaba como no le había afectado nadie.

—¿Sí?

—Ah, estás despierto —dijo ella entonces, bajando del porche con un movimiento de caderas que aumentó su temperatura—. Pensé que estabas dormido.

—No, estoy despierto —contestó Sam.

—¿Despierto y enfadado? —sonrió Tricia. Pero no le dejó contestar —. Eso da igual, has sido elegido y yo me he presentado voluntaria para la siguiente tarea —añadió, tomándolo del brazo.

Sam sintió un escalofrío. Ella parecía electrizarlo cada vez que lo tocaba. Y siempre le estaba tocando… el brazo, la frente, la mano, apoyándose en su pecho. Mary no estaba acostumbrada a esas muestras de afecto en público, era demasiado tímida.

¿Por qué estaba comparándolas otra vez?, se preguntó, irritado consigo mismo.

—¿Dónde vamos? —preguntó, apartándose.

—Deja de hacer preguntas y confía en mí —sonrió Tricia.

—¿Debería hacerlo?

—Absolutamente, doctor Holden. A mí no me das miedo y uno siempre debe confiar en una persona que no tiene miedo de…

—¿Insultarte?

—Eso es —rió ella, poniéndose de puntillas para darle un beso en la comisura de los labios.

—¿Vas a decirme dónde vamos?

—A buscar la cena —contestó Tricia, abriendo la puerta del coche.

—No estarás enfadada, ¿verdad?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Por qué? ¿Por lo de esta mañana?

—Sí.

—¿Por qué iba a enfadarme? Cada uno tiene su opinión.

—Ya.

—Pero no he dicho que no vaya a haber una segunda parte:

Discusión, el retorno.

Sam soltó una carcajada.

—Mira que eres rara.

—¿Eso es un cumplido? —rió Tricia.

—Sí.

—Pues sigue así, me gustan los cumplidos. Aunque podría acostumbrarme, te lo advierto.

Ése era el problema, que también él podría acostumbrarse. A Tricia, a su familia, al mundo que había descubierto recientemente.

Pero daría igual porque en menos de una semana estaría de vuelta en casa y Tricia estaría discutiendo con otro.

Mientras se ponía el cinturón de seguridad, Sam intentó convencerse de que no le importaba.

Pero ya no podía creerlo.

—¡Duele! —gritaba Katie, su voz llegando a unas notas tan altas que sólo los perros podrían oírlas.

Sam intentaba sujetar la rodilla de la niña, pero Katie estaba dando tales patadas que era como intentar sujetar un cable eléctrico. En una de ésas estuvo a punto de darle en la entrepierna…

Como médico, estaba más que acostumbrado a lidiar con niños, pero hacerlo en un cuarto de baño, con su madre embarazada, su padre, su hermano, sus abuelos, sus tíos y su ruidosa tía era algo completamente nuevo para él.

Por no hablar de los consejos.

—¿Tienes que darle puntos? —preguntó Debbie.

—Deberíamos haberla llevado al hospital —murmuraba Jake.

—Sam puede hacerlo perfectamente —decía Tricia, inclinándose hasta que su cara quedó a la altura de la de Sam.

—¿Va a seguir sangrando? —preguntó Kevin, el hermano de Katie, mirando la gasa sanguinolenta con expresión emocionada.

—Deja de tocar eso —lo regañó su madre, llevándose una mano al abdomen—. Creo que voy a vomitar.

—No puedes, no hay sitio —le advirtió Eric.

—Pon la cabeza entre las rodillas —le aconsejó su madre.

—¿Las rodillas? Hace meses que no me las veo.

—Si el doctor Parker siguiera en activo podríamos ir a pedirle consejo —murmuró el padre de Tricia.

—Pero no lo está. Y es una pena que una consulta tan bonita quede vacía —dijo su madre, tocando el hombro de Sam—. Sería una consulta estupenda para un médico recién casado. Con la familia cerca…

—Mama, por favor, qué sutil eres —rió Eric. Un segundo después sonó un golpe seguido de un «¡Ay!»

—¿Va a seguir saliendo sangre o no? —insistió Kevin, indignado.

—¿Queréis callaros de una vez?

Todos se quedaron en silencio y Sam suspiró. Él no solía gritar, pero no había otra forma de conseguir la atención de la familia Wright.

—Bien hecho, doctor Holden —rió Tricia—. Eres mi héroe.

Sam tuvo que sonreír. Pero debía concentrarse en la estrella del espectáculo: Katie, la única que no había obedecido la orden de callarse. Cuando vio los ojitos llorosos de la niña se le encogió el corazón.

—¿Tienes que pincharme con una aguja? —preguntó, con cara de miedo.

Sam miró a su madre.

—¿Le han puesto la inyección del tétano recientemente?

—Sí —contestó Debbie, intentando no mirar la gasa llena de sangre—. El año pasado.

—Entonces, no tengo que ponerte una inyección —sonrió Sam, ganándose para siempre el amor de Katie.

—Pero va a seguir sangrando, ¿verdad? —insistió Kevin.

—Ay, por favor —gimió Debbie.

—Se acabó —dijo la madre de Tricia, llevándosela del cuarto de baño—. Venga, aquí no puedes hacer nada, hija.

—¿Por qué no le gusta la sangre? —preguntó Kevin, atónito—. Mola un montón y…

—Ya está bien —lo interrumpió su abuelo—. ¿Qué eres, un vampiro?

—Venga, Katie, no llores —la animó Jake.

—Las niñas pueden llorar —protestó ella.

—Las que yo conozco no paran —dijo Eric, recibiendo otro golpe, esta vez de su prometida—. Jolín, ¿es que no puedo decir nada?

—¿Por qué no bajáis todos al salón? —suspiró Sam—. Katie y yo iremos enseguida. Aunque protestando, todos salieron del baño. Todos menos Tricia, pero él no había esperado que se fuera. Además, ella podría distraer a Katie mientras le vendaba la rodilla.

—Soy valiente, ¿verdad? —preguntó la niña, con los labios temblorosos.

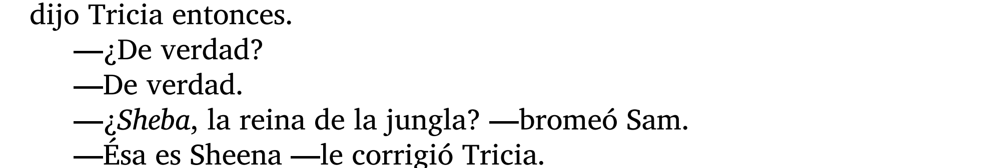
—Claro que sí —asintió Sam, sacando algo de su maletín—. Pero hasta a las niñas más valientes les gustan los caramelos, ¿no?

—Sí —Katie le arrebató el caramelo a la velocidad del rayo y, mientras quitaba el envoltorio, Sam siguió con la cura—. ¡Ay, me duele!

—Pero no mucho, ¿verdad?

—No —admitió la cría.

—Katie, cuando Sam haya terminado iremos a buscar a *Sheba* —



dijo Tricia entonces.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿*Sheba*, la reina de la jungla? —bromeó Sam.

—Ésa es Sheena —le corrigió Tricia.

—Ah.

—*Sheba* no es una reina —le informó Katie—. Es un cachorro, el cachorro de la tía Tricia.

—¿Un cachorro?

—Llevo semanas esperando que me lo den —contestó Tricia—. ¿Quieres ir conmigo a buscarla, Katie?

—Pero sólo yo, sin Kevin.

Sam soltó una carcajada. Nada como una pequeña rivalidad fraternal para olvidarse del dolor.

Tricia rió también, un sonido musical que parecía envolverlo. Estaba despeinada, tenía la nariz roja del sol y una mancha de algo que parecía ketchup en la camiseta. Nunca había visto una mujer más bella.

—Claro. Sólo el doctor Holden, tú y yo.

—¿Yo también? —preguntó Sam.

—¿No quieres venir?

Si seguía sonriéndole así, pensó Sam, probablemente iría con ella al fin del mundo.

Ese pensamiento lo dejó estupefacto.

—¿Qué dices?

Sam tragó saliva, mientras seguía concentrándose en poner antiséptico en la rodilla de la niña.

—No sé…

—¿No te gustan los cachorros? —preguntó Katie.

—Sí, claro, pero…

—¿No te gustamos nosotras? —preguntó Tricia.

—Sí, pero…

—A mí me gustas —dijo Katie entonces, haciendo pucheros.

—A mí también me gustas tú. Sam miró a Tricia y vio un brillo de humor en sus ojos… naturalmente, también estaba haciendo pucheros. Y, como cualquier hombre inteligente, Sam sabía cuando lo habían vencido.

—Muy bien, iré.

—Estupendo —rió Tricia, haciéndole un guiño a su sobrina.

—Pero antes… mi muñeca también se ha caído —dijo Katie, mostrándole una muñeca medio calva—. Arréglala.

Pacientemente, Sam le puso una venda en la pierna de trapo y, cuando terminó, Katie le echó los bracitos al cuello y lo apretó con todas sus fuerzas.

Sam miró a Tricia por encima del hombro de la niña. Estaba sonriendo y él disfrutó de esa sonrisa como un hombre hambriento. La anhelaba con todas sus fuerzas, el olor de su perfume parecía llamarlo, sus ojos lo calentaban por dentro.

Y, a medida que pasaban los minutos, sentía que iba cayendo en el pozo sin fondo que era Tricia Wright.

Capítulo Diez

Sam estaba tumbado en la cama, mirando las extrañas figuras que la luz de la luna iba formando en el techo. Una suave brisa movía las cortinas, haciendo bailar las sombras en la pared.

Llevaba una hora mirando esas sombras. No podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cara de Tricia y le resultaba imposible relajarse.

Nervioso, apartó las sábanas y se levantó de un salto, sin saber qué hacer.

Desnudo, paseó un rato por la habitación antes de detenerse frente a la ventana… Entonces oyó un gemido y miró por encima de su hombro. *Sheba*, la cachorrilla de Tricia, lloraba desde el cuarto de baño. Aparentemente, no le gustaba su nuevo dormitorio.

Un segundo después, oyó a Tricia murmurando palabras tranquilizadoras y tuvo que sonreír. La imaginaba acariciando a la perrita, diciéndole ternuras… Ojalá pudiera reunirse con ella, pensó. Ojalá pudiera estar a su lado para ayudarla con la cachorrilla a la que no tendría tiempo de ver crecer.

Sheba era una nueva adición a la familia Wright y ya se sentía como en casa. Tricia y Katie la habían llenado de besos pero, naturalmente, la perrita negra decidió que le gustaba Sam, la única persona que no le hacía caricias.

Tricia incluso recurrió al soborno, dándole galletas y juguetes, pero *Sheba* había elegido a su humano favorito. Y él no había podido hacer nada. *Sheba* era tan testaruda como su dueña y se le había metido en el corazón de la misma forma.

Él nunca había tenido mascotas. A sus padres no les gustaban porque, según ellos, eran «fábricas de parásitos». Y Mary era alérgica, o eso decía, aunque él siempre pensó que era su forma de evitar una discusión sobre el tema.

Sam hizo una mueca. Últimamente recordaba a Mary sin la dulzura acostumbrada. ¿Por qué?, se preguntó.

Pero la respuesta estaba clara: niños, perros, Tricia… todo aquello le estaba volviendo loco.

La vida vibraba a su alrededor y le resultaba imposible alejarse cuando con solo mirar a Tricia recordaba que estaba vivo… y solo.

No estaba visitando viejos recuerdos, estaba creando recuerdos nuevos, lo quisiera o no.

Y sabía bien que, cuando se fuera de Sunrise Beach, cuando volviera a su antigua vida, recordaría a Tricia, a los niños, a la perrita, a toda la familia Wright.

Llevaba dos años solo, alejado de todos y de todo lo que antes le importaba. Había querido castigarse a sí mismo y lo había hecho muy bien, pero en los últimos días era como si alguien lo estuviera

empujando hacia la vida.

Pero la boda de Eric tendría lugar en unos días después y luego volvería al frío silencio de su mundo…

Esa idea lo ahogaba. ¿Cómo iba a volver a esa vida? Después de estar allí, con Tricia, ¿cómo iba a volver a una soledad que, de repente, le parecía intolerable?

¿Y cómo no iba a hacerlo?

—¿Sam? —oyó la voz de Tricia—. ¿Estás despierto?

Su corazón se desbocó, como cada vez que ella estaba cerca. Tomando los vaqueros que había colgado en la silla, se los puso, pero no se molestó en abrocharlos antes de abrir la puerta.

Tricia estaba en el pasillo. Llevaba un camisón de color albaricoque, con un escotado corpiño de encaje. Era una prenda de aspecto suave, sedoso, tentador.

Como Tricia. ¿Por qué había ido a verlo cuando su resistencia estaba a punto de ceder?

—Estás despierto.

—O sonámbulo.

—¿Con los ojos abiertos?

Sam sonrió.

—Así es más fácil.

—¿Me estás viendo? —preguntó ella, moviendo la mano delante de su cara.

—Sí, claro —contestó Sam, con voz ronca porque tenía el corazón en la garganta.

—¿Y qué ves?

Veía imágenes de lo que podría haber sido, de la vida que podría haber sido suya si las cosas fueran diferentes. Vio todo lo que nunca hasta entonces había sabido que deseaba. Y mucho más.

—Tricia…

—Dime.

No podía. No podía decirle eso porque no tenía derecho a hacerlo. Él había decidido no vivir y aunque quisiera, no sabía si podría hacerlo.

—Una mujer preciosa.

—¿Nada más?

—¿No es suficiente?

—No.

—¿Qué quieres oír?

Ella inclinó a un lado la cabeza.

—Quiero oír que, cuando me miras, quieres hacerme el amor, que yo soy la razón por la que estás despierto.

—Así es —dijo Sam—. Tú eres la razón por la que estoy despierto.

Tricia sonrió.

—Pero no ibas a decirlo.
—No.
—Qué interesante.
—Me alegro de que te lo parezca.
Sam no podía pensar. La luz de la luna se colaba por las cortinas, iluminando a Tricia como un halo. Parecía una actriz en un escenario vacío, un sueño, una visión que aparecía para tentar a un hombre solitario.
Y esperaba que no desapareciera nunca.
—Te has portado muy bien con Katie. Le gustas mucho.
—Ya —murmuró él, confuso. Como siempre, Tricia cambiaba de tema cuando menos se esperaba. Había que concentrarse para hablar con ella.
—Ya mí también me gustas mucho.
Sam se cruzó de brazos, para ver si esa postura defensiva lo distanciaba de ella. ¿Qué tenía aquella mujer que lo volvía loco?
—Muy bien, gracias.
Tricia se volvió hacia la ventana. La brisa que movía las cortinas jugaba con su camisón y Sam tragó saliva, rezando para no abrazarla, para no llevarla a su cama.
—*Sheba* estaba llorando hace un momento.
—La he oído —dijo él. De nuevo, cambiaban de tema.
Ella se volvió entonces, su silueta recortada contra la ventana.
—Ahora ya no llora.
—Ya.
—Es que se sentía sola. Pero le he dado un muñeco de peluche y se ha dormido.
—¿Ah, sí?
—Y estaba pensando… —Tricia empezó a levantar el bajo de su camisón, despacito, centímetro a centímetro.
—¿Qué? —Sam no podía decir nada más. Sólo podía mirar aquel camisón que, poco a poco, iba subiendo por sus piernas.
—Que a lo mejor es lo que necesitamos todos, no estar solos, tener a alguien a quien abrazar por la noche.
Él sacudió la cabeza.
—¿Quieres un muñeco de peluche?
Tricia rió, con esa risa que hacía eco en su corazón.
—No exactamente. Te quiero a ti.
Luego se quitó el camisón. La prenda voló en el aire como un paracaídas antes de tocar el suelo.
Bella, gloriosamente desnuda, su piel parecía absorber la luz de la luna.
Sam contuvo el aliento, pero sabía que eso no iba a servir de nada. Era como si una mano gigante apretara sus pulmones. Su corazón latía

con fuerza y le sudaban las manos.

—Tricia…

Ella se acercó sin vacilar, sin timidez, y le echó los brazos al cuello.

—Si no me deseas, dilo —murmuró, poniéndose de puntillas—. Si me deseas, bésame.

Temblando de deseo, Sam se olvidó de todo excepto de aquel momento. Estaba de vuelta en sus brazos, donde había pensado que no volvería a tenerla jamás. Era toda risas, toda calor, toda vida, y él la deseaba más de lo que había deseado a nadie.

Apretándola contra su pecho, la besó con un ansia que los enloqueció a los dos. Tricia se restregaba contra él, sin falsas vergüenzas, pidiendo lo que quería. Sam la llevó al dormitorio y la tumbó sobre la cama. Después de quitarse los vaqueros, clavó la rodilla en el colchón y la acarició de arriba abajo, explorando cada rincón de su piel.

Sus pechos se convirtieron en una fiesta. Los besó, los acarició, torturándolos con la lengua y los labios. Y ella le exigía más. Lo besaba en el cuello, le mordía.

Sam intentaba memorizarlo todo, cómo enredaba las piernas alrededor de su cintura, la humedad de su cueva cuando introdujo un dedo y luego otro.

Ella suspiró y el suspiro fue como música para sus oídos. Susurró su nombre y fue como un regalo para su corazón.

—Sam —lo llamó, mientras él seguía torturándola con sus dedos—. Sam, te necesito dentro de mí.

—Sí, sí —dijo él, sin dejar de acariciarla. No se cansaba de ella. Quería más, lo quería todo.

Tricia levantó las caderas para ofrecerse por completo cuando él encontró el capullo escondido.

—Sam, lo digo en serio, ahora.

Él también la necesitaba, pero no quería ir deprisa. Lo que quería era prolongar el momento hasta lo imposible. En lugar de penetrarla, introdujo otro dedo, acariciando, frotando, hasta que ella empezó a jadear con fuerza, moviendo frenéticamente las caderas.

—Primero tú —dijo con voz ronca—. Primero tú, luego nosotros.

—No es justo —susurró Tricia, sin abrir los ojos—. Esto ha sido idea mía… No puedes cambiar las reglas.

—No hay reglas. Esta noche, no.

Ella sonrió.

—Sam, eres… asombroso.

—Déjate ir, Tricia —dijo él en voz baja—. Deja que te vea.

—No puedo… no puedo… espera, para.

Cuando empezaron los primeros espasmos, Sam la besó en la boca. Se tragaba sus suspiros, sus jadeos y, antes de que terminase, se colocó

entre sus muslos y empujó para perderse en ella.

Tricia estaba más que preparada y le echó los brazos al cuello, recibiéndolo con entusiasmo. El baile era tan antiguo como el tiempo. Juntos, encontraron un ritmo propio, único.

Sam nunca se había sentido tan completo, nunca había sentido tal intimidad con otro ser humano. No quería que terminase nunca. Podría haberse quedado así para siempre, pero empezaba a perder el control. Entonces recordó…

—Un preservativo.

—Porras. En mi habitación —murmuró Tricia.

Sam intentó apartarse.

—No, no te muevas.

—Tengo que…

—No, llévame contigo.

—Nunca dejarás de sorprenderme —rió Sam.

Ella sonrió mientras enredaba las piernas en su cintura. Sam se levantó de la cama, sin soltarla, y así fueron a su habitación. Con manos temblorosas, abrió el cajón donde estaban los preservativos y se puso uno.

—Date prisa —susurró Tricia, impaciente, cuando él se vio obligado a apartarse un momento.

—Eso hago —sólo fueron unos segundos, pero le pareció una eternidad. Y luego estaba dentro de ella otra vez, empujando, ensartándola.

—Bienvenido a casa.

—Me alegro de estar aquí.

Después, las llamas del deseo los consumieron. Y juntos encontraron los fuegos artificiales.

Más tarde, cuando pudieron separarse, Sam se dejó caer sobre el colchón, con Tricia a su lado. Ella le pasó una pierna por encima y apoyó la cara en su pecho, suspirando. Sam volvió la cabeza para admirarla, saciada, iluminada por la luz de la luna.

Había muchas emociones en los ojos azules, pero pasaban tan deprisa que no podría identificarlas. Y, no por primera vez, deseó saber lo que estaba pensando, lo que sentía.

Un momento después, se dio cuenta de que nunca tendría que adivinar qué estaba pensando Tricia. Porque, si esperaba un poco, ella misma se lo diría:

—Para ser un tipo tan gruñón, yo diría que esto se te da muy bien.

Sam rió, a pesar de la situación. No recordaba haberse reído nunca mientras estaba en la cama con una mujer.

—Gracias.

Tricia se apoyó en un codo para mirarlo. Estaba despeinada, con

los ojos brillantes. Era bellísima.

—Pero la cosa es…

Él levantó una ceja.

—¿Algún problema?

—Algo así. Es que no quiero que pienses lo que no es…

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sam, sorprendido al ver que Tricia apartaba la mirada—. ¿Qué te pasa?

—Es una tontería, pero no quiero que pienses que hago esto con todo el mundo.

—¿Eh?

—Esto, ya sabes. Venir aquí, seducirte y todo lo demás…

—¿Seducirme? —sonrió Sam.

—Sí.

—¿De verdad crees que si yo no hubiera querido que esto pasara habría pasado sólo porque tú lo habías decidido así?

Tricia hizo una mueca de horror.

—¿Qué has dicho?

—Vaya, creo que llevo aquí demasiado tiempo. Empiezo a hablar como tú.

—Hombre, gracias —protestó ella—. Pero es que a algunos hombres no les gustan las mujeres que toman la iniciativa y…

—¿A qué hombre no le gustaría lo que acaba de pasar?

—Por ejemplo, a mi ex novio. A él no le gustaba que yo diera el primer paso.

—Pues era un idiota. No cambies, Tricia. Eres… refrescante.

—¿Refrescante? —rió ella—. Parece un anuncio.

—Estar contigo es…

—¿Asombroso, maravilloso, ideal?

—Sí, todo eso —sonrió Sam, preguntándose cómo había terminado con aquella maravillosa mujer. ¿Qué habría visto en él? ¿Y cómo iba a vivir sin ella el resto de su vida?

—Gracias.

—Tu ex novio habría sido el hombre perfecto para Mary —dijo Sam entonces, sin pensar.

—¿Qué?

—No puedo creer que haya dicho eso. No quería…

—Yo te he hablado de mi pasado… no hay razón para que tú no me hables del tuyo.

Él la miró, pensativo. Acababa de meter a su difunta mujer en la cama con él y con Tricia y ni siquiera estaba enfadado consigo mismo.

—Es que Mary era muy tímida, muy frágil.

—Ya.

Sam miró alrededor y luego volvió a mirarla a ella, desnuda, complemente desinhibida.

—Mary quería que apagase la luz cuando hacíamos el amor. Incluso puso cortinas oscuras para que no se viera nada.

—Vaya.

—No debería…

—Oye, a mucha gente le gusta la oscuridad.

—A Mary, por ejemplo. Hasta que una noche, acabó con un ojo morado.

—¿Qué? —rió Tricia.

Sam carraspeó, irritado consigo mismo por hablar de esas cosas.

—No tuvo gracia. Es que…

—No, claro que no —dijo ella, tapándose la boca con la mano.

—No deberías reírte…

—Lo sé, lo sé. Es que… ¿un ojo morado? Sam, por favor, qué horror.

—Desde luego que sí —suspiró él, recordando lo mal que se había sentido… y lo mal que Mary le había hecho sentir.

Le había hecho pagar por ese pequeño accidente durante semanas. ¿Por qué nunca se acordaba de eso?, se preguntó. ¿Por qué había olvidado que Mary no era perfecta, que su matrimonio no había sido un lecho de rosas?

Tricia seguía sonriendo. En realidad, la cosa tenía gracia. Además, no le había hecho mucho daño a Mary. Pero como ella se empeñaba en apagar todas las luces, le dio con el codo en un ojo sin querer…

Entonces se preguntó qué habría pasado de haber sido Tricia. Ella habría llevado ese ojo morado como una medalla, seguro.

Sí, eran dos mujeres completamente diferentes.

—Pobre Mar y —dijo ella por fin—. No debería haberme reído, pero es que a mí me pasan esas cosas todo el tiempo. Una noche casi mato a uno de mis novios al darle un codazo en la frente. El pobre cayó al suelo como un tronco.

Sam soltó una carcajada. Le gustaba reírse, le gustaba estar con una mujer que podía volverle loco y hacerle reír al mismo tiempo.

—Me alegro de no estar sola en el mundo de los accidentes domésticos.

—No, no lo estás.

—Y ahora que estamos compartiendo recuerdos, quiero decirte que yo soy una mujer muy exigente, Sam. Sólo he estado con otros dos hombres y los dos significaron algo para mí. No me tomo estas cosas a la ligera.

Él lo había sabido desde el principio. Y por eso había intentado mantener las distancias. Aunque no había servido de nada.

—Lo sé —dijo, mirándola a los ojos.

Esa imagen, Tricia a la luz de la luna, se quedaría con él para siempre. En veinte años, sería capaz de recordar el brillo de sus ojos, el color de su pelo, su olor, todo.

—¿Lo sabes?

—Sé exactamente qué clase de mujer eres, Tricia Wright.

Ella lo estudió durante un minuto, pensativa.

—Me alegro —sonrió, apoyando la cabeza en su pecho—. Y hay algo más que debes saber.

—¿Qué? —preguntó él, aunque tenía miedo de la respuesta.

—Los he visto esta noche.

A Sam se le paró el corazón. Porque, sin saber cómo, intuía a qué se refería. Y no sabía cómo responder. Naturalmente, Tricia no le dio tiempo de pensar antes de seguir hablando:

—Los fuegos artificiales de los que te hablé… los he visto esta noche, contigo.

Capítulo Once

A Sam le dolía todo, el cuerpo, el alma. Era como tener un miembro dormido, con los consiguientes calambres. Un dolor imposible de ignorar. Como la angustia que atenazaba su corazón. Sabía lo que Tricia quería oír, pero no podía decirlo.

—Tricia, yo…

—Es curioso —lo interrumpió ella—. Te pasas toda la vida esperando algo y luego, cuando por fin aparece, no puedes tenerlo.

Sam tragó saliva.

Estaba diciendo que lo amaba.

Lo sabía.

Y él no podía decir nada.

Él no era el hombre que esperaba, el hombre que sería su marido y el padre de sus hijos. Tricia se merecía lo mejor, un hombre que no hubiese dejado de soñar con esas cosas y él…

No. Él había fracasado una vez, no podría soportar otro fracaso.

—No pasa nada —sonrió ella, acariciando su cara—. No espero nada de ti.

—Pues deberías —dijo Sam, sintiendo de repente un cansancio inmenso—. Maldita sea, Tricia, tienes derecho a esperarlo todo de un hombre. Absolutamente todo.

—Sam…

—Yo…

—Tranquilo —lo interrumpió ella—. Si temes que te pida que te cases conmigo…

—No es eso.

—¿Cómo que no? He visto un brillo de pánico en tus ojos.

Sam apretó su mano. Había perdido a Mary, no había podido salvarla. Y ahora estaba haciéndole daño a Tricia, perdiéndola también. Sí, era un genio, desde luego. Lo único que podía hacer era ayudarla a ver que estaba mejor sin él.

—Ojalá…

—No te estoy pidiendo que me quieras, Sam —lo interrumpió ella —. Pero te pido que ames a alguien.

Él se quedó muy quieto. Casi habría podido jurar que su corazón se había parado un momento.

—No voy a ser yo, eso lo entiendo —siguió Tricia—. Sabía que ibas a marcharte. De hecho, aunque ahora mismo estamos juntos, ya siento que te estás apartando de mí.

—No, eso no es verdad —suspiró Sam.

Pero así era. ¿Cómo podía Tricia leer sus pensamientos, entenderlo mejor de lo que él se entendía a sí mismo? ¿Cómo podía mirarlo y ver más allá de la fachada que presentaba ante los demás? ¿Cómo podía conocerlo tan bien y quererlo de todas formas?

—Yo no puedo ser el hombre que quieres.

Ella inclinó a un lado la cabeza para estudiarlo detenidamente.

—¿Y cómo sabes lo que yo quiero?

—Supe la clase de mujer que eras en cuanto te vi —sonrió Sam, con tristeza—. Tú eres de las que quiere una casita, niños, un perro, de las que hacen galletas y barbacoas los domingos. Eso eres, Tricia.

Todo lo que él deseaba y no podía tener.

—Es posible. Pero yo también sé algo sobre ti, Sam —dijo ella entonces, mirándolo a los ojos.

—¿Qué?

—Que te has rendido demasiado pronto. Te has apartado de todo cuando deberías haberlo intentado otra vez. Y ahora, no te queda nada. Hasta que vuelvas a amar, seguirás muerto por dentro —murmuró Tricia, dándole un beso en los labios—. Y si eso es todo lo que quieres de la vida, deberían haberte enterrado en la tumba, con Mary.

Tres días después, Sam seguía furioso. Se agarraba a esa furia como un niño se agarra a la cuerda de un globo. Pero cuanto más lo intentaba, más parecía escaparse esa cuerda. Era difícil permanecer indignado cuando uno sospechaba que la persona culpable de esa indignación estaba en lo cierto.

Naturalmente, Tricia actuaba como si no hubiera pasado nada. Como si no lo hubiera obligado a mirarse al espejo, como si sólo fueran amigos.

Seguían compartiendo la casa, trabajaban juntos e incluso lo había llevado a ver el local donde pondría su negocio de repostería. La había visto jugar con la perrita, reír con su familia… sabía que recordaría todo eso a diario cuando volviese a Los Angeles.

Y, por la noche, la echaba de menos cuando se metía en la cama.

Ella lo trataba como trataría a cualquier invitado y eso lo ponía enfermo. Habría preferido discutir o que lo hubiera echado de su casa. Pero Tricia, por supuesto, nunca hacía lo que se esperaba de ella.

Sam no podía admitir que tenía razón, eso era pedir demasiado, pero una vocecita empezaba a recordarle que debía pensar en ello.

Había estado como muerto durante dos años. Se había escondido tras el fracaso de perder a Mary porque eso era más fácil que seguir intentándolo, que enfrentarse con el mundo. El sentimiento de culpa, la tristeza, se habían convertido en una segunda naturaleza para él y ya no sabía si podría cambiar. O si quería intentarlo.

Si pudiera, pensó, y volviera a fracasar, ¿entonces qué? Entonces se sentiría doblemente culpable y, además, habría destrozado la vida de Tricia.

¿De verdad quería arriesgarse?

Las últimas dos semanas habían sido sólo un respiro momentáneo. La familia Wright lo había sacado de entre las sombras, le habían dado la bienvenida y lo trataban como si fuera uno de ellos.

Tricia lo había hecho desear vivir otra vez.

Pero él no creía merecerlo.

Sam se pasó una mano por la cara, intentando apartar de sí aquellos pensamientos, pero sin éxito. No volvería a ser tan fácil, pensó, observando la actividad que bullía a su alrededor.

La boda había sido como debía ser una boda. Nada elegante, nada lujosa, todo muy familiar. Sólo amigos y parientes y un banquete que, seguramente, duraría toda la noche.

Estaba en una mesa medio escondida entre los árboles y desde allí veía la fiesta. Entonces se dio cuenta de que empezaba a ser un extraño otra vez.

Y lo hacía voluntariamente.

La música estaba a todo volumen y había parejas bailando sobre la hierba con la misma habilidad que si lo hicieran en una pista de baile. Los niños corrían entre ellos, riendo y peleándose por la tarta. Por supuesto, había montañas de comida y, en la barra en la que servían margaritas, la gente tenía que abrirse paso a codazos.

Sam era claramente el único que no lo estaba pasando bien.

—¿Qué tal?

Sorprendido, Sam levantó la cabeza. Era el novio.

—Bien. Una boda estupenda.

—Ah, sí, te creo —rió Eric, soltando las muletas para sentarse al lado de su amigo—. He venido a decirte que los otros invitados han empezado a quejarse. Lo estás pasando demasiado bien y se te nota.

—Muy gracioso.

Al fin y al cabo, había ido a la boda, ¿no? Se había quedado en Sunrise Beach cuando lo que deseaba era escapar. Vivía en casa de Tricia… sin tocarla, torturándose a sí mismo para no defraudar a Eric.

—Bueno, ¿estás enamorado de mi hermana o no?

—¿Qué?

Sam se puso nervioso. No había esperado esa pregunta… Ya debería saber que los Wright siempre hacían y decían lo más inesperado, pero no podía contarle a Eric la verdad sin haber hablado con Tricia.

—Me has oído perfectamente.

—No.

Era mentira, lo supo nada más pronunciar el monosílabo. ¿Amor? ¿De verdad la amaba? Y si era así… ¿eso lo cambiaba todo?

No.

—Entonces, eres idiota.

—No te metas en esto, Eric.

—Tengo que hacerlo.

—Me marcho mañana —dijo Sam—. Problema resuelto.

—Eso crees, ¿verdad?

Eric miró por encima de su hombro y Sam siguió la dirección de su mirada. Tricia estaba bailando con un hombre mayor, riendo y haciendo una especie de fox trot sólo para alegrarle la vida. Ella era así, estaba en su naturaleza. Sam tuvo que sonreír. Su pelo rubio brillaba bajo la luz de las lamparitas que había por todo el jardín y el vestido verde oscuro de dama de honor se pegaba a sus curvas de una forma deliciosa. Estaba más guapa que nunca.

Tricia estaba riendo en ese momento y algo le dijo que durante el resto de su vida estaría esperando oír esa risa, que estaría buscándola entra la gente.

—Sí, un idiota —insistió Eric.

—Vete, anda.

Sam quería una copa, pero decidió tomar otro café. Había decidido irse a Los Angeles después del banquete, así que no podía ahogar sus penas en un cubo de margaritas… por mucho que le apeteciera.

—Me voy —suspiró Eric, apoyándose en las muletas—. Debería haberte advertido que no le hicieras daño a mi hermana. Ahora es demasiado tarde.

El sentimiento de culpa, ese viejo amigo de Sam, apareció de nuevo.

—No quería hacerle daño, te lo juro. Pero cuando me vaya se le pasará.

Eric negó con la cabeza, entristecido.

—Desde luego, eres un idiota.

Un par de horas después, la gente empezó a despedirse. Eric y Jen se habían marchado para empezar su luna de miel y, mientras los camareros recogían las mesas, los invitados que quedaban se distribuían en pequeños grupos por el jardín.

Sam no dejaba de mirar a Tricia y ella debió notarlo porque se volvió, con una sonrisa en los labios, y dejó a sus amigas para acercarse a la mesa. Como si fuera un imán, Sam se levantó para encontrarse con ella.

El aroma de su perfume le llegó enseguida y respiró profundamente, sabiendo que pronto eso sería lo único que le quedaría de ella. Esa noche, ese recuerdo, ese frágil aroma que se le había metido en el corazón.

—Ha sido una boda preciosa, ¿verdad? —sonrió Tricia.

—Sí, preciosa.

Ella suspiró, agotada.

—Y un banquete magnífico.

—Sí, estupendo.
—Jen estaba muy guapa, ¿verdad?
—¿Ah, sí? Apenas me he fijado, estaba mirándote a ti.
«Estúpido», se regañó a sí mismo. No lo hagas más difícil. Pero no podía evitarlo. Estar a su lado era más embriagador que un litro de alcohol.
Pero Tricia perdió la sonrisa.
—Te marchas, ¿verdad?
—Esta noche.
Ella respiró profundamente.
—Vaya.
—Tengo que volver a mi consulta.
—La consulta del doctor Parker está en venta. Hace falta un médico en Sunrise Beach.
—Lo sé, tu madre me ha dado el número de teléfono.
—Entonces, ya sabes que te echaremos de menos.
Nadie desde Mary lo había echado de menos. Y saber que los Wright lo harían… que Tricia lo echaría de menos, hacía que su partida fuese aún más difícil.
—Sí, lo sé.
—Pero te vas.
—Es mejor para los dos.
Ella se apartó el pelo de la cara.
—¿Sabes lo que es realmente triste? Que lo creas de verdad.
Alguien puso una canción romántica en el estéreo. La melodía parecía colarse entre la brisa, acercándolos…
—Lo creo de verdad.
—Sam…
—Baila conmigo —dijo él entonces. Si tenía que irse, al menos quería tenerla entre sus brazos una vez más. ¿Era mucho pedir? ¿Era mucho desear? Tricia le puso la mano izquierda sobre el hombro y dejó que tomara su mano derecha. Apenas se movían, pero daba igual.
Sam, perdido en sus ojos, casi podía sentir el corazón de Tricia latiendo al mismo ritmo que el suyo. Y supo que la echaría de menos el resto de su vida.
—Estás pensando otra vez.
—Sí, supongo que sí.
Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.
—Vas a echarme de menos.
—Sí, creo que sí.
—Vas a lamentar haberte ido.
A Sam se le encogió el corazón. Pero aun así, se obligó a sí mismo a sonreír.
—Seguramente.

—Me quieres.

Él dejó de bailar, pero no la soltó. No dijo nada, no sería capaz de articular palabra aunque lo intentase.

—Ah, esta vez no hay respuesta —sonrió Tricia.

—Ojalá fuese de otra manera…

—Podría serlo. Si tú quisieras.

Sam quería creerlo, pero había pasado demasiado tiempo. Dos semanas de felicidad no eran suficiente para hacerle olvidar dos años de tristeza. ¿Y cómo podía creer en el futuro cuando estaba atado al pasado?

Ella dio un paso atrás, pero no se alejó demasiado.

—Te he mentido, Sam.

—¿Qué?

—Cuando te dije que no esperaba que me amases, pero que debías amar a alguien —murmuró Tricia, acariciando su cara—. Yo quiero ser ese alguien.

—Tricia…

—No te estoy pidiendo que dejes de querer a Mary. Siempre la querrás y me parece muy bien. Pero deseo que me quieras a mí también.

Hacía que todo pareciese tan sencillo… Pero él sabía que no lo era. No podía ser tan sencillo dejar una vida y empezar otra. ¿O sí?

Tricia tenía los ojos brillantes y Sam rezaba para que no se pusiera a llorar. Porque eso lo mataría.

—Lo siento.

—Sí, lo sé —murmuró ella—. Pero te quiero de todas formas.

—Lo sé —dijo Sam. Y luego, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se alejó.

Capítulo Doce

Su casa le parecía tan fría como una tumba.

Sam creyó que esa sensación de aislamiento desaparecería una vez que se acostumbrase a estar de nuevo allí, pero había pasado más de una semana desde que dejó a Tricia y todo seguía igual. Cada vez que entraba en el dúplex, el silencio era tan pesado como una tonelada de ladrillos. La soledad que una vez había buscado, lo ahogaba.

Antes encontraba cierto consuelo en el silencio. Ahora, esa profunda soledad lo volvía loco, le recordaba que había tenido la oportunidad de cambiar su vida, que le había dicho adiós a la única mujer que había tocado su corazón… su alma.

Cuando dormía, en sus sueños aparecía Tricia. Cuando estaba despierto, no podía dejar de pensar en ella.

No había forma de escapar.

Despierto o dormido.

Y lo peor era que no quería escapar. ¿Habría perdido la cabeza?

Sam estaba en el balcón, mirando el cielo. Debajo, las luces de la ciudad rompían la oscuridad, pero no se daba cuenta. Le daba igual. La ciudad no tenía nada para él porque su corazón estaba en una playa al norte de California.

Angustiado, se agarró a la barandilla del balcón hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Una ligera brisa movió su pelo, pero era caliente y seca. No olía a mar, no olía al perfume de Tricia. No había vida en ella.

—Estás fatal —murmuró, sólo para oír una voz.

Y cuando un hombre empezaba a hablar solo, las cosas iban decididamente cuesta abajo.

Antes de que empezara a contestarse a sí mismo, decidió entrar de nuevo en casa. Allí estaba a salvo, allí nadie esperaba que viviera, que amase, que pensara en algo que no fuera su propio dolor.

Entonces, ¿por qué eso ya no lo consolaba?

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en ella? —murmuró, dejándose caer sobre uno de los sillones, escudriñando en la oscuridad, como si allí estuviera la respuesta.

Pero sólo encontraba más preguntas. No dejaba de pensar en los Wright, en lo que había dejado atrás. Y se preguntó…

¿Habría abierto el local Tricia?

¿Habrían vuelto Eric y Jen de su luna de miel?

¿Habría recibido Kevin el estetoscopio que le prometió?

¿Lo echarían de menos?

¿Se sentiría Tricia tan sola como él?

Sam se levantó, con el corazón encogido, pasándose una mano por el pelo. Sólo había una forma de enterarse.

Tricia abrió la puerta e inmediatamente vio la caja que había en el suelo del porche. Sam se quedó escondido entre las sombras, observando su reacción.

Sabía perfectamente lo que había dentro.

Siete galletas, cada una de ellas con una palabra escrita en caramelo. Y juntas, formaban una frase muy sencilla:

Tricia, te amo. ¿Quieres casarte conmigo? Sam.

Atónita, ella levantó la mirada cuando salió de su escondite.

—¿Sam?

—Estás preciosa —murmuró él, temiendo tocarla. Primero tenía que saber si había destrozado lo que había entre ellos. Si estúpidamente había destruido su única oportunidad de ser feliz.

Llevaba el pelo sujeto en una coleta y tenía harina en la nariz. Y sus ojos azules eran más bonitos que nunca. Llevaba una camiseta vieja y los vaqueros cortados que tanto le gustaban.

Su corazón empezó a latir con fuerza, esperando ver la respuesta en sus ojos…

Ella era su futuro, su presente, todo.

Por un increíble golpe de suerte, había encontrado no sólo el amor de nuevo… había encontrado la vida.

Ahora sólo podía esperar que no fuese demasiado tarde.

—No digas nada todavía —le espetó, antes de que Tricia dijera nada.

—Muy bien.

Sam se metió las manos en los bolsillos del pantalón y luego volvió a sacarlas, nervioso. Quería decir algo importante, pero no encontraba las palabras, de modo que optó por hablar con el corazón:

—Te quiero.

—Oh, Sam…

—Sigo hablando.

—Ah, perdón —sonrió ella. Estaba sonriendo. Esa era una buena señal.

—Quería a Mary y siempre la llevaré en mi corazón, pero… ella es mi pasado, tú eres mi futuro.

Los ojos de Tricia se llenaron de lágrimas, pero ella parpadeó furiosamente para controlarlas.

Sam la tomó por los hombros, como para asegurarse de que estaba allí, de que era real.

—Quiero que tú seas mi futuro, Tricia. Quiero construir una vida contigo, tener hijos contigo. Quiero que vivamos en medio del huracán de los Wright porque fuera la vida es muy fría y muy solitaria. Y sin ti es insoportable. Me siento vacío sin ti… te quiero,

Tricia. Creo que te quise desde el primer día.

—¿No me digas?

Sam parpadeó, atónito. Pero ella estaba sonriendo de oreja a oreja y, después de soltar la caja, se abalanzó sobre él, besándolo en la cara, en el cuello, en los labios.

Sam le devolvió el abrazo, respirando su delicioso perfume y murmurando una plegaria de gratitud. Al sentir el calor de su cuerpo, supo que era una parte de él de la que nunca querría desprenderse, de la que nunca podría desprenderse.

—Has tardado mucho —dijo Tricia entonces.

Él sonrió, sintiendo que la vieja tristeza desaparecía, que, por primera vez en muchos años, se sentía ligero, feliz.

—Es que aprendo despacio.

—Ya veo —rió ella—. Si hubieras tardado un poco más, habría tenido que ir a Los Angeles para arrastrarte hasta aquí.

—¿En serio?

—Por supuesto —contestó Tricia, enredando los dedos en su pelo —. Ésta es tu casa, nuestra casa.

—Ahora lo sé.

—Me alegro.

—He vendido la consulta y, en cuanto me ponga en contacto con el doctor Parker, me instalaré aquí y…

—No te costará mucho. Mi madre ya ha hablado con él para decirle que ibas a comprar su consulta.

—Debería haberlo imaginado —rió Sam, apretándola contra su corazón, donde siempre había estado, donde estaría siempre.

Su sonrisa lo calentaba por dentro y borraba las sombras que lo habían mantenido prisionero durante tanto tiempo. Sam la miró a los ojos y vio el futuro en ellos, vio su corazón, su vida, su amor.

—Bienvenido a casa, doctor gruñón.

—Ahora mismo no me siento muy gruñón —dijo él. Y dudaba que volviera a estarlo nunca.

—Te quiero tanto, Sam —musitó Tricia entonces, acariciando su cara.

—No dejes de hacerlo nunca.

—No lo haré.

Entonces saltó el temporizador del horno y el ruido hizo que *Sheba* se pusiera a ladrar en el jardín. En la casa de al lado, el labrador negro contestó ladrando ruidosamente. El estruendo era enorme, delicioso.

—¿Se te están quemando las galletas?

—¡Ay, por favor! ¡Y había metido dos bandejas! —gritó Tricia, apartándose. Pero tuvo tiempo de tomar la caja de galletas y a Sam de la mano—. Vamos, doctor Holden. Cuando haya rescatado mis galletas, tenemos que celebrar nuestro compromiso.

—Hogar, dulce hogar —sonrió Sam, metiéndose de cabeza en el huracán, disfrutando del empuje de una vida plena, tan diferente del silencio que había dejado atrás para siempre.

Fin